

punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

No. 240
ISSN: 0188 - 381X

A N D A M - A J E S T A S F E M - I N I S T A S



The cover features a large, light gray magnifying glass graphic centered on a white background. A thick black diagonal band runs from the top-left corner towards the bottom-right, passing through the center of the magnifying glass. The text is arranged as follows:

punto
de partida

No. 240

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers

Rector

Rosa Beltrán

Coordinadora de Difusión Cultural

Anel Pérez Martínez

Directora de Literatura

y Fomento a la Lectura

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada

Edición: Aranzazú Blázquez Menes

Redacción: Alejandro Arras

Diseño original: Jonathan Guzmán

Diseño de este número y

dirección de arte: Anilú Zavala

Difusión: Axel Alonso

Asistencia secretarial: Silvia Rodríguez

Impresión en offset: Litográfica Ingramex, S.A.

de C.V. Centeno 162-1,

Col. Granjas Esmeralda, Ciudad

de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México, 04510.

www.puntodepartida.unam.mx

www.puntoenlinea.unam.mx

Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.

Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

 @Puntodepartidaunam

 @P_departidaunam

 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos, forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

JULIO — AGOSTO

EDITORIAL

ANDAMIAJES
FEMINISTAS

CARRUSEL

CRITICÓN

TINTA SUELTA

Editorial 5

Escribir en primera persona. Casandra Gómez 8

Dos poemas. Yaroslabi Bañuelos 12

Sangre sin memoria. Angélica Mancilla García 16

Resignificar la medicina: conciencia feminista en los consultorios. Abigail Zentella Hernández 21

Feminismo, interrumpido. Sandra Dolores Gómez Amador 25

Carta a los editores. Ximena Cervantes 28

Las periodistas acuerpamos y ponemos el cuerpo
Luz Rangel 31

Ya no. María Villa 33

Las nombramos bordando: entre lo textil y lo textual
Silvia Santaolalla 38

Te quedas en el mar, mamá. Alicia Espinosa 42

No estás completa. Sara Padilla 50

Nadie sabe dónde estás. Azul Ramos 52

Cuerpos diáfanos III: poner el cuerpo o el futuro ya es feminista. Illiana Olalde 58

Entre la danza y el galope: la figura de Nellie Campobello
Luisa Valenzuela 64

Luna Miguel: retrato de una joven escritora
Uriel de Jesús Santiago Velasco 68

Lo que no se nombra también existe. Claudia Santos 73

Dos cartas. Ada Elizabeth Carrasco Mahr 76

Un obús en el corazón: del miedo al lenguaje redentor
Guadalupe Gómez Rosas 77

Recuerdos que nunca se marcharán. Diana Escobar 79

Colaboradoras 82



Alicia Antonioli (Río de Janeiro, 1998). Licenciada en Periodismo por la UFS y estudiante de maestría en Estudios de Género en el COLMEX. Investiga temas relacionados con los ciberfeminismos, el periodismo y a la violencia digital.

@antoniolialicia



CONTRAPORTADA



Valeria León Licona (Ciudad de México, 2000).

Egresada de Ciencias de la Comunicación de la FCPYS, UNAM. Obtuvo la beca de intercambio estudiantil TFAS 2023 en la UANDES de Santiago de Chile, para realizar estudios de economía y política social.

@thro.ughmyperspective



Editorial

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES NUNCA SON UNIFORMES. Aunque tengan una semilla en común, se van ramificando según la diversidad de personas que los integran, sus orígenes y vivencias. Para este número convocamos a escribir sobre los feminismos. La cuestión central fueron esos armazones mutables y a veces contradictorios sobre los que se ha ido construyendo este movimiento. La respuesta fue numerosa y en ella predominó la reflexión a través del ensayo; también hubo una constante: la certeza de que debemos apropiarnos de aquello que por siglos nos fue restringido a las mujeres: la escritura y el cuerpo. El resultado es este número, **ANDAMIAJES FEMINISTAS**, una impronta de esta generación y de su carácter.

Por ello comenzamos con un ensayo de Casandra Gómez que reivindica el valor político de la escritura de lo personal como un ejercicio contra el silencio. A éste le siguen dos poemas de Yaroslabi Bañuelos, “Incendio” y “Espejos”, ambos en un tono empático hacia la tristeza de otras, sean amigas, madres o abuelas. Las decisiones que tomamos sobre nuestro cuerpo son el tema central de “Sangre sin memoria”, un cuento de Angélica Mancilla García que transmite la angustia que invade a una joven de 19 años durante un aborto no acompañado. En la otra cara de la moneda, Abigail Zentella Hernández denuncia, desde su experiencia como médica y divulgadora de la ciencia, los prejuicios de género y de clase presentes en la enseñanza de la medicina y en su práctica.

Siguen dos textos, un ensayo y un poema, con un motivo en común: la lucha interna y constante que implica desaprender los hábitos, las expectativas y autopercepciones que hemos interiorizado desde pequeñas: “Feminismo, interrumpido” de Sandra Dolores Gómez Amador, y “Carta a los editores”, de Ximena Cervantes, una reescritura de las reglas de la amistad. Continúa un ensayo de Luz Rangel, una periodista joven que describe lo que significa *acuerpar* en las distintas actividades de su profesión, que ha sido y es imprescindible para todos los movimientos sociales. “Ya no”, de María Villa, es un cuento con una atmósfera construida desde el intersticio fantasmal entre el presente y la memoria, la vida y la muerte, un cruce a través del cual una hija y una madre tratan de escapar de la violencia.

Silvia Santaolalla, autora de “Las nombramos bordando: entre lo textil y lo textual”, retoma la conjunción entre la escritura y la memoria; en su ensayo la falta de justicia frente a los feminicidios es uno de los motores para escribir a pesar del miedo. A sus palabras las acompaña el registro de “Ecos de rebeldía”, una obra textil de Marilia Castillejos compuesta por las fotografías y los nombres de mujeres que tomaron su lugar en la esfera pública y política a través del Partido Liberal Mexicano de principios del siglo xx.



POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



ENTREVISTA



RESEÑA



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA

NARRATIVA
GRÁFICA

Sigue un fragmento de “Te quedas en el mar, mamá”, una obra de teatro de Alicia Espinosa que retrata los círculos de violencia intergeneracionales y la dificultad para salir de ellos. En contraste, en el cuento de Sara Padilla, la maternidad y las relaciones de pareja son todo lo que no le hace falta a la protagonista, a pesar de la incredulidad de los que la rodean. Sigue un poema de Azul Ramos, “Nadie sabe dónde estás”, que hace eco del dolor de seguir viviendo sin conocer el paradero de familiares desaparecidos. Cerramos con “Cuerpos diáfanos III”, de Iliana Olalde, un texto que regresa la mirada al cuerpo como ese lugar desde el que se hace y se transforma el mundo.

Al Carrusel lo encabeza un homenaje a Nellie Campobello de la mano de Luisa Valenzuela. La entrevista estuvo a cargo de Uriel de Jesús Santiago Velazco, quien conversó con la autora española Luna Miguel sobre la escritura del placer, los tabúes sociales que se cuelan en la literatura y la maternidad. Este último también es el tema de la reseña que hace Claudia Santos a la novela *Casas vacías*, de Brenda Navarro. Además publicamos los textos ganadores del XXI Concurso de Crítica Teatral Criticón, Teatro UNAM: “Dos cartas”, de Ada Elizabeth Carrasco Mahr y “*Un obús en el corazón: del miedo al lenguaje redentor*”, de Guadalupe Gómez.

Tinta Suelta es una historia de Diana Escobar titulada “Recuerdos que nunca se marcharán”. A este número lo ilustran fotografías de Valeria León Licona, Alicia Antonioli y Perla Mónica Castro Cruz, artistas que han acuerpado marchas a través de su mirada, y *collages* e ilustraciones de Lizbeth Bolaños, Anilú Zavala, Victoria Tejeida y Aarón Farid Negrete.

Esta edición está conformada por autoras que escriben lo que son y lo que viven. Como se darán cuenta al pasar por sus páginas, parte de ello es posible gracias a que esta generación ha podido leer y dialogar con otras generaciones que ya anduvieron este camino: autoras como Margo Glantz (quien inició este gran punto de partida), Daniela Rea, Gloria Anzaldúa, Rebecca Solnit, Mónica Ojeda, Mónica Mayer, bell hooks, Dahlia de la Cerda, val flores, entre otras, así como aquellas mujeres cuyo nombre no conoce la Historia, pero están presentes en los anaqueles de nuestras historias personales.

Cierro esta nota editorial retomando la idea de Iliana Olalde de pensar los feminismos como un ensayo constante; se trata, como escribe, de “probar, practicar, encontrar la manera, reconocernos en ese estado de presencia, cuestionando, dialogando, confrontando, imaginando para construir la realidad”. 🗣️

Aranzazú Blázquez Menes

Andamiajes feministas





Escribir en primera persona

CASANDRA GÓMEZ

*Estoy buscando una voz
para poder escribir.*
Facu Saxe, *El cuerpo marica*

QUIERO CONTAR MI HISTORIA y la de las mujeres de mi familia porque durante mucho tiempo me avergonzó de dónde vengo. No sé si emergí de los zulos como Dahlia de la Cerda. En casa nunca faltó comida. No trabajé en los tianguis ni en *call centers*. Mi madre jamás me permitió hacer otra cosa que estudiar; veía, en la escala aspiracionista, a la escuela como la única herencia que podía dejarme para no repetir su historia.

Mi madre se casó a los 15 años con un hombre que le doblaba la edad. A los 18 se embarazó de mí y pasamos tres años en dos cuartos de tres por cinco metros. Cruzamos el desierto cuando ella tenía 22. Huíamos de un mundo donde la violencia de mi padre se justificaba por los pinchazos de heroína que sus brazos delataban y las botellas de caguama vacías acumuladas bajo la cama. Tal vez yo no emergí de los zulos, pero mamá sí.

No podría contar esta historia en segunda ni en tercera persona; mucho menos en impersonal. De nada me serviría un narrador heterodiegético. Y aunque esto parezca más anécdota que ensayo, como Dahlia, creo que lo anecdótico es político. Quiero narrar mi historia en primera persona para abrazar a la niña que no supo defenderse de los comentarios hirientes en su caminar inseguro. Porque desde chicas nos enseñan que el silencio es nuestra mayor virtud. Contarles, por ejemplo, que a los tres años conocí la frialdad de una celda porque nos agarró la migra, pero también la bondad en las personas, porque la misma noche que estuvimos presas, un policía de migración no sólo nos salvó de no ser deportadas, sino que nos llevó a su casa con su familia. Nos dio ropa, comida y techo por un mes.

Pero me ha costado escribir todo esto sin sentir que carece de valor literario. Incluso, aún hoy me avergüenza decir en voz alta que decidí escribir un libro de ensayos sobre mi vida y la de mi madre. Que dejé de escribir sobre escritores porque, por mucho que admire y disfrute la forma de ensayar de Sergio Pitol o Enrique Vila-Matas, ése no es mi lugar. Dice val flores que hay que confiar en la propia escritura porque “es un acto revolucionario que atenta contra los siglos de saqueo y aniquilación de la lengua. Porque para romper con el consenso del miedo y de la obediencia hay que romper los pactos de la escritura”. Los pactos patriarcales, pero también raciales y de clase.

Yo no busco escribir sobre *los grandes temas*, porque de éstos ya han escrito los hombres *cis*. Tampoco quiero mi habitación propia, aunque llegué a soñar con una. Estoy de acuerdo con Virginia Woolf en que todas deberíamos tener acceso a esos lujos que la mayoría de los escritores presumen, pero comparto la mirada de Gloria Anzaldúa: hay que escribir desde donde resistimos, en la taza del baño, cuando lavamos ropa, en el camión rumbo al trabajo, desde los recuerdos que duelen. No

hay que esperar una beca o ese estudio de ensueño lleno de libros y un escritorio de cristal templado. Comenzar hasta tener esa habitación nos haría escribir desde una realidad que la mayoría de las mujeres no compartimos. Porque aunque nos cueste admitirlo, la historia de la literatura nos dijo en repetidas ocasiones que sólo valía la pena recordar a algunas mujeres, en su mayoría ya intelectualizadas y que tuvieron que borrar el yo.

No hay cabida para la escritura desde los márgenes. O no la había, hasta hace unos años. Cada día son más las autoras que deciden enunciarse desde la primera persona. Porque no hay otra forma. “La liberación es siempre —nos dice Rebecca Solnit— un proceso de narración de historias: anunciar historias, romper silencios, crear nuevas historias”. Es vencer a una sociedad que todo el tiempo nos amordaza. Hay que hacer silencio hay que hacer silencio hay que hacer silencio. No. “Una persona libre —continúa Solnit— cuenta su propia historia”. Sin embargo, “Una persona valorada vive en una sociedad en la que su historia tiene cabida”, y desafortunadamente la academia y cierto sector intelectual han dictado que nuestros silencios tienen más valor literario que nuestras narraciones cargadas de anécdota.

Y aquí es donde me gustaría resaltar un fragmento que muchas quisimos escribir, pero Dahlia se atrevió: “No tengo pruebas, ni tampoco dudas, de que el odio a la autoficción, al testimonio y a los textos que exploran la realidad a través de la vivencia propia son menospreciados porque la mayoría son escritos por mujeres”. He escuchado más de una vez cómo aplauden la vulnerabilidad de un hombre que se atrevió a escribir desde el yo, la forma magistral en la que realiza autoficción, pero cuando lo hace alguien que no forma parte del canon en automático se convierte en literatura femenina, literatura marica, literatura resentida que sólo busca victimizarse. *Ya no más textos sobre la maternidad, por favor; ¡Un proyecto feminista más que apoyan!*, reclaman en Twitter, cuando existen tantas obras dedicadas a la figura del padre. Los *expertos literarios* de las redes sociales nos acusan de aplicar al FONCA o al PECDA con proyectos que sólo narran las mismas historias de mujeres, porque al parecer los filtros de estos estímulos ya sólo se basan en lo políticamente correcto. Ojalá fuera cierto. Nadie dice que muchas buscamos estas becas para continuar ese libro que no hemos podido terminar en años; que aun después de pasar por varios filtros para ser seleccionadas, se atreven a decir que nuestra obra carece de valor porque habla de una realidad que incomoda leer.

Aunque no existe peor pecado para la mujer escritora que hablar de amor. Más si somos jóvenes. Nadie juzga el fervor con el que, durante siglos, poetas lloraron en sus versos la pérdida de una mujer, porque “cuando los hombres se apropian del género sentimental, su trabajo recibe mucho más reconocimiento que el de las mujeres” (bell hooks). Nosotras debemos tener mayor cuidado al exponer nuestro duelo; no tenemos permitido lucrar con un texto que exponga las infidelidades ni las violencias que vivimos en una relación. Supéralo, nos dicen. Y si vas a escribirlo, no lo hagas con rabia, porque nadie quiere leer a una mujer enojada.

Recuerdo aún con furia la soberbia con la que una expareja me gritó que todo lo que había escrito era gracias a él. Hoy sé que no. Escribo porque mis letras fueron el único lugar en el que le enseñé de nuevo a mi cuerpo cómo respirar cuando olvidó

trémulo

del


viento




hacerlo. Porque nunca aprendí a dejar de ahogar los gritos en la almohada. Porque sabía que las historias de mi abuela, quien trabajó desde chica para darle estudios a su hermano menor, valían más la pena que todos los ensayos que dejé inconclusos sobre escritores.

Quiero narrar mi historia en primera persona porque yo no aprendí de feminismo en los libros, aunque más tarde fueron importantes en mi caminar. Yo aprendí de feminismo en casa, con mi mamá diciéndome una y otra vez: “Estudia para que no dependas de ningún hombre”, mientras doblaba jornadas laborales en una gasolinera, porque después de irnos de casa mi padre jamás se hizo cargo de mí y siempre nos culpó por abandonarlo. El feminismo que aprendí con mi mamá no se parecía al de los libros y, sin embargo, me ayudó a encarar la vida con la misma resiliencia que ella. Escribo porque quiero contar cómo las mujeres no intelectualizadas de mi familia me enseñaron más que los círculos feministas blanqueados a los que asistí. Y aun escribiendo desde mi experiencia, sé que no existe una realidad única para todas. Porque, afortunadamente, hoy ya no hablamos de feminismo en singular.

Decido enunciarme desde un yo para contarles que tuve miedo de que un día mi padre sofocara la voz de mamá para siempre; que el recuerdo de cruzar el desierto no se compara para nada con las imágenes del cuerpo lastimado de mi madre; que me aterró ir a la fiscalía a denunciar un abuso; que tuve pánico de escribir estas líneas por miedo de fallar a los estándares de lo que sí es literatura y lo que no. Pero “Si escribir me da miedo, si ser leída me vuelve vulnerable, ¿por qué no pueden ser el miedo y la vulnerabilidad mis formas de subversión vital y política?”, se pregunta Facu Saxe. Y yo también. “Toda mi vida quise combatir mis miedos y mi vulnerabilidad. Pero mi voz está en el miedo y la vulnerabilidad. Ésa soy ahora, aquí, en este instante”. Escritura del pantano, la nombra Facu. Y desde ahí quiero ser leída. Desde la garganta mutilada que busca guardar su voz en la página. Nunca he sido de gritar. Ni de hablar en público. Prefiero la palabra resguardada en mis hojas para sostener todo eso que no sé decir en voz alta.

Sobre mi escritorio hay un *post-it* con la siguiente cita de Rebecca Solnit: “Si nuestras voces son aspectos esenciales de nuestra humanidad, quedarse sin voz es deshumanizarse o quedar excluida de la propia humanidad. Y la historia del silencio es fundamental en la historia de las mujeres”. 



 Alicia Antonioli. 8M, 2023





Dos poemas

YAROSLABI BAÑUELOS

Incendio

El teléfono arde a mitad
de la noche
como una pequeña fogata
arropada por mis manos
Al otro lado de la ciudad
mi mejor amiga llora
y su voz
es el lamento de un jardín
aniquilado por el fuego

Dice que él ya no la quiere
que la ha dejado
por engordar las caderas
por ensanchar los silencios
por sumergirse demasiado
en el fuego y sus conjuros

Desde aquí no puedo ver
cómo ella limpia sus pestañas
cómo sacude algunas migajas
de su vestido
pero sé que ella muerde despacio
una galleta de chocolate
y sus lágrimas
forman una lluvia débil
que no apaga incendios

También sé que después
la lumbre que brilla en su sangre
arderá con todos
los animales mitológicos
del amor
las citas en los parques
los poemas que recuerdan
los besos
bajo estrellas temblorosas
Pensar en ello
me hace sentir angustiada
y no encuentro
las frases que usan
las mejores amigas
para apaciguar las llamas
o calmar
apetitos piromaniacos

Sin embargo
pienso que no debería
preocuparme tanto
a veces está bien
dejar que las cosas ardan.

Espejos

I

Bajo un cielo lleno de espejos
descubro la silueta morena de mi madre
La veo medio siglo más joven
lleva pantalones de terlenka y su cuerpo se desliza en la multitud
al ritmo de una canción de los Creedence
Me pregunto
Si las dos tuviéramos diecinueve años, ¿seríamos amigas?
te pregunto, madre
¿Qué alfileres clavaron la melancolía en tus párpados?
¿Fueron las huertas de naranjas bañadas de rocío?
¿Las doce horas de trabajo al día?
¿Las ausencias que caen de golpe como una tarde de granizo?
¿Las lloviznas con sol que jamás te obsequiaron
un ramo de libélulas?

II

En las cicatrices de mi reflejo observo a la abuela
su cuerpo está cubierto por la vegetación del estío
Arranca hojitas de damiana y ciruelas cimarronas
me enseña a conocer los secretos de los árboles
los misterios que ocultan el otoño y sus duendes
Descansamos bajo la fresca respiración de una higuera sin dueño
en sus ojos mansa humea la mañana





III

Al fondo del espejo diviso a mis ancestras

Mujeres-chubasco

Mujeres-desierto

En sus pies cargan sonajas de lluvia que reverdecen los caminos

sus manos son el refugio preferido de la luz

Sin saberlo me heredaron las raíces más profundas de la memoria

los delantales manchados por la savia del lomboy

la magia cristalina de las palomas

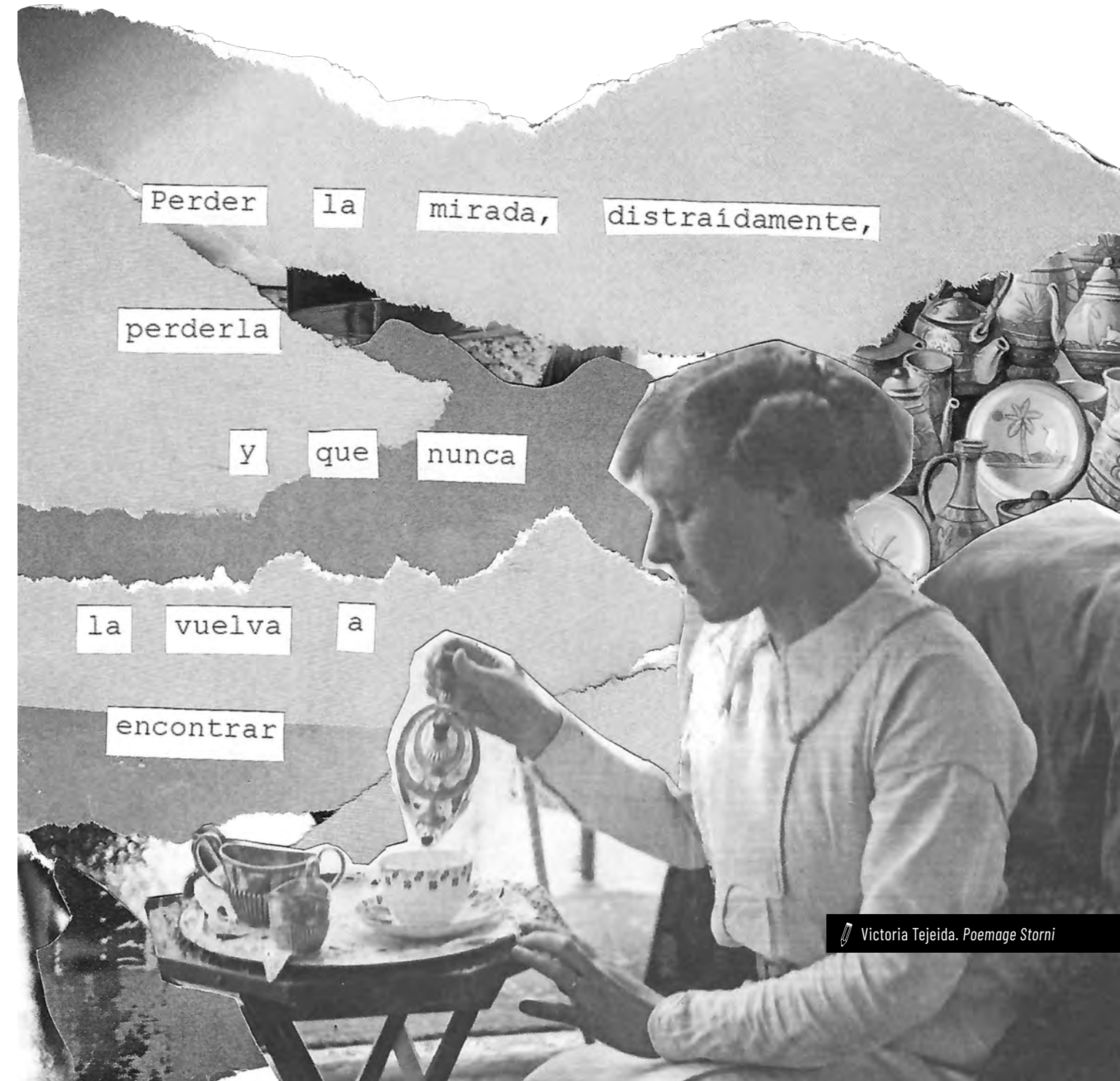
el clamor del trueno que augura el milagro

las amorosas tormentas que entierran su ira en los arroyos

el pozo profundo donde se hundió el rostro

de todas las mujeres que sembraron en los abismos

las flores de su tristeza enfurecida.



Victoria Tejeida. Poemage Storni



Sangre sin memoria

ANGÉLICA MANCILLA GARCÍA

“La muerte también nace”, decía la abuela, y yo recogía los coágulos como niños pequeños.
Mónica Ojeda, *Sangre coagulada*

MOJÉ LA CAMA. Mojé la cama como en aquel tiempo en que, de niña, me hacía pipí porque soñaba que iba al baño. No era flojera ni algún trauma, sólo el sueño vívido de estar sentada sobre el inodoro. Esta vez fue distinto. No hubo sueño, sólo una punzada aguda y distendida sobre el vientre, luego un líquido cálido y transparente que me empapó las piernas y parte de la espalda baja. Desperté y corrí descalza al baño. Amanecía, lo anunciaba el cielo negro casi anaranjado que se filtraba por la abertura de la ventana. Lo había visto en otros lados, era el mismo que nos cubrió un par de días en Cocoyoc cuando acampamos y durante las reuniones que se extendían hasta la madrugada. Lo recordaba bien, éstos habían sido los primeros amaneceres que pasé con amigos de la universidad, sin adultos ni profesores chaperones.

Me senté en el frío inodoro. Me bajé los calzones y el pantalón de la pijama hasta los tobillos, empapados. No hice pipí, sólo el incapaz intento de aclarar mi mente. Los codos sobre las piernas y mi rostro sobre las palmas de las manos. A los 19 años todo es abrumador. No tenía idea de lo que significaba aquello, o tal vez sí, pero no estaba dispuesta a nombrarlo. Así pasé casi tres meses, en estado de negación. El frío quemaba y la luz blanca de esa dura habitación me hirió la mirada. Todo tenía una claridad que me lastimaba. Un escalofrío bajó de la cabeza hasta la punta de los pies. La piel chinita, el corazón irregular y la punzada dentro.

Volví a la habitación que compartía con mi hermano, él dormía. Tomé unos pants negros y unos calzones limpios, también negros, por si acaso. Me cambié en absoluto silencio. Una sombra en un cuarto sin ventanas. Coloqué una toalla sobre lo mojado de la cama y me acosté. No iba a cambiar las sábanas a esa hora y arriesgarme a despertar a mi hermano, no habría sabido qué responder. Cerré los ojos e intenté dormir. No fue sencillo. Pude haber girado hasta encontrar una posición cómoda, pero me quedé catatónica para no levantar la mínima sospecha, con la respiración contenida. “Piensa en algo bonito”, me dije cuando empezó esa sensación de pisadas en el pecho. Intenté relajarme, pero en lugar de eso sentí enrojecida la respiración. ¿Qué significaba “pensar en algo bonito”? Desde que me enteré, hace una semana, olvidé lo que es sentir una felicidad despreocupada, inocente. De pronto me encontré en un *loop* de recriminaciones, lleno de culpa y odio a mí misma por no haber sido capaz de enfrentarlo mucho antes. El silbido en el pecho, el ahogo. Quizá las cosas pasan por algo, fue una idea que me atravesó en ese momento. O tal vez sólo era una forma de justificar mi condición: “algo debo aprender de todo esto”. Una alternativa para relajarme. Pensé que yo nunca había sido de muchas amigas, sólo tengo dos.



A Andrea no la habría conocido si no hubiese sido por Pamela. Las tres éramos las más altas de la clase y, lo obvio aunque absurdo, fue que esa condición nos amigó. Pame es muy inteligente, pero Andy sabe muchas cosas, cosas que no se aprenden en la universidad. Quizá las cosas sí pasan por algo. Si yo no hubiese conocido a Andy, no habría sabido qué hacer. Ella fue quien me dio las instrucciones para esa madrugada.

Debí de haberme quedado dormida, porque desperté con el cabello empapado de sudor y un dolor que surgía de las entrañas. Me coloqué en posición fetal, intentando contener el desgarre interior. Toqué mi vientre, estaba tibio. Un par de lágrimas rodaron hasta la almohada y luego un quejido diminuto, como el chillido de un ratón. “¿Cómo pude haber sido tan tonta?”, me recriminaba. Sabía que era una posibilidad, pero preferí ignorarlo e inventarme dos periodos. No sé qué esperaba que pasara. ¿Que no avanzaría?, ¿un milagro? Milagro tal vez era el que llevaba dentro y lo estaba rechazando. ¿Cómo es que Andy lo había hecho tantas veces? Dudo que hubiese sido por su propia voluntad. De nuevo cerré los ojos, el dolor cada vez menos soportable me partía en dos. Una presencia se detuvo a mi lado, no era mi hermano, lo adivinaba todavía dormido en su cama, pero estaba segura de que en esa inconmensurable oscuridad había una sombra. Pude cubrirme la cabeza con las sábanas y esperar a que desapareciera, pero hice lo contrario. Me destapé los brazos y estiré la mano, necesitaba sentir que aquello no era una alucinación. Sólo aire. Me estiré un poco más. Nada. Tal vez era producto de la fiebre.

¿Cuánto puede doler un pedazo de entraña que en lugar de revolcarte te congela? Un cólico a la décima potencia. ¿Acaso lo valía? ¿Y si no funcionaba? Las dudas llegaron como un tsunami que arrasa con todo lo que apenas se sostiene. No podía parar las preguntas, pero tampoco podía detener aquel desmembramiento. La decisión se había tomado, pero a los 19 años cualquier decisión es un mundo que te aplasta. Vida y muerte se conjugaban en el verbo *decidir*. Algo carcomiéndome el interior y el dolor quebrándome los huesos. Estaba petrificada. Justo como aquel día en que me desperté y mi memoria era endeble. No reconocí mi desnudez y la vergüenza me impidió hacer preguntas. El dolor fecundo en las caderas. Sólo recordaba haber bebido una cerveza y luego nada. Al salir de la tienda de campaña, todavía tambaleándome, Pame me abrazó y me preguntó si estaba bien, creo que ambas queríamos contarnos algo más, pero ninguna fue capaz de indagar. Era mejor asumir que no había pasado nada, sólo nuestra primera peda. Nos fuimos a la alberca y nos sentamos en la orilla, con el sol de mediodía calentándonos la espalda, con los pies apenas metidos en el agua, haciendo círculos que desprendían un intenso aroma a cloro. Volvimos al campamento cuando los talones y los dedos de los pies ya no podían estar más arrugados. Vasos rojos desechables aplastados, botellas de cerveza y vodka vacías, un auto con las puertas abiertas y la música al máximo volumen, toallas aún húmedas sobre el pasto, tenis y sandalias esparcidos y una fogata que se resistía a la extinción. No se parecía en nada a la noche anterior, la escena era turbia. Entramos a la tienda evadiendo invitaciones siniestras a bailar y seguir la fiesta. Luego la noche nos alcanzó abrazadas, recostadas sobre las bolsas de dormir. No hubo más palabras, sólo el apapacho cómplice y un hueco que se dilataba en mi panza. Era mi culpa.



Pame y Andy dijeron que yo no me equivoqué, pero aún creo que en el fondo me culpaban. Nos condenábamos mutuamente en silencio. Andy se salvó del campamento sólo porque su novio, muchos años mayor que ella, le impedía las salidas fuera del horario de la escuela. Nunca supe si ella aún vivía con sus padres, era hermética con su información. Por el contrario, yo pasaba las tardes en casa de Pame, conocía a su hermana, a su abue y a su mamá. No había hombres en su casa, ni siquiera en fotografías. Nunca mencionó un padre, si es que lo había. Su casa se convirtió en mi refugio, aunque nunca hablamos de ello sino cuando ya no había más alternativas, cuando fue imposible seguir evadiendo el tema, cuando me insistió en ir a la farmacia por una prueba. No tenía dinero, sólo el necesario para asistir a clases. ¿Cómo justificaría pedir más a mis padres? Si el pretexto era un libro, debía llevar ese libro a casa; si era material para alguna clase, mi mamá me habría llevado a comprarlo. Parece sencillo, pero nunca lo es. Los padres son monstruosos. En el fondo, la falta de dinero era mi mayor temor. Si daba positiva, necesitaría pagar para acabar con ello, pero de dónde. Fue cuando me di cuenta de que había sido injusta, las mujeres de la nota roja no merecían morir así. No sabía nada de ellas y aun así me había atrevido a juzgar su decisión. Morir con agujas de hacer punto o ganchos atorados no es algo que esperas en la vida, pero ésa es la respuesta cuando no hay dinero ni justificación, cuando no vives en la capital o en otro país. Es un privilegio del que no todas gozamos. Entonces puede ser cierto: las cosas pasan por algo, por eso conocí a Andy.

El dolor vino de nuevo. O tal vez no se había ido. Las convulsiones llegaron tan intensas que me levanté de golpe. Volví al baño. Una avalancha escarlata me partió en dos y se deslizó por en medio de mis piernas. Gasté un rollo de papel en el piso para evitar que se dispersara por debajo de la puerta. Luego me senté en el inodoro, rígido y frío, y sentí cómo expulsaba eso desde adentro. No fue un corte simétrico de bisturí, sino un rompimiento producto de la fricción de una salida. Aún sentada, abrí las piernas para mirar, no había caído nada todavía, esa cosa deforme me colgaba y se movía. Quise llorar y pedir ayuda, pero sólo hubo un grito ahogado. Andy no me dio detalles, mencionó dolor, sangre, expulsión y listo. Debía hacer algo rápido. Papá tocó la puerta, “¿ya vas a salir?”, preguntó. Apenas pude pronunciar un “ya casi” que cortaba mi respiración. No sé de dónde me vino la fuerza. Jalé aire, lo contuve y con el pulgar y el índice tiré hacia abajo. No funcionó. Tiré con más fuerza. Era como silicón endurecido cubierto de sangre. Una bestia invertebrada. Papá volvió a tocar. “Ya voy”, respondí. “Tu papá debe bañarse para ir a trabajar”, respondió mi madre al otro lado de la puerta. Si se enteraban, no me lo perdonarían. Era pecado. Pensé en salir del baño así y buscar unas tijeras, cortarlo, pero una parte quedaría dentro de mí. Se pudriría en mi útero. Sudor y lágrimas cubrían mi rostro y las palmas de mis manos. Pujé tanto que eso logró salir y me salpicó al caer dentro del inodoro. No quise mirar y jalé la palanca. Junto con la descarga del agua se escuchó un llanto estruendoso, como de un puerco en matadero. Me obligué a mirar y esa cosa seguía ahí, retorciéndose y chillando, como una lombriz que ha sido partida en dos. Jalé de nuevo la palanca, pero la criatura se atoró en el sifón, tapó el inodoro. Los coágulos de sangre se desbordaban de la taza junto con el agua. La cosa gemía y se lamentaba. Su chillido, cada vez más agudo, reventó los vidrios de la ventana. “¿Qué pasó?!” gritó

mi madre. Yo no sabía cómo callar a esa criatura ensangrentada que se resistía a desaparecer por el desagüe junto con el torrente de agua. Un monstruo. Una cabeza gorda y un cuerpo fangoso, como un renacuajo colosal. Se adhirió a uno de los bordes de la taza, arrastrándose para alcanzar la superficie. De un momento a otro ya había doblado su tamaño. Bajé la tapa y me senté sobre ella para contenerlo. Forcejeamos. Me empujó y me lanzó al piso. Su fuerza me sobrepasaba. Unos ojos diminutos, rojo demoniaco, fijaron su mirada en mí. La criatura era rosada y gris, gelatinosa. Ninguno de sus miembros estaba desarrollado y reptaba sobre el azulejo húmedo del baño. Comenzó a acercarse, a perseguirme como a una presa. No paraba de llorar. Tan fuerte y crudo fue el último chillido que me reventó los tímpanos, luego sentí un zumbido extendido y un hilo de sangre deslizándose por cada oreja. Afuera seguían los golpes en la puerta. No había modo de parar esa masacre. El mundo se enteraría de lo que pasaba en nuestra casa. Seguro mis padres ya se habían dado cuenta: los condenaba con mi decisión. Los vecinos dirían que “para qué abrí las piernas” y los médicos identificarían el misoprostol. Me llevarían a la cárcel. Me dejé caer sobre la mezcla de baba y coágulos de sangre. La criatura se levantó sobre mí y abrió la mandíbula llena de colmillos como garras. Quizá era mejor morir ahí... No, no podía dejar que eso pasara, que ellos ganaran. Si la comía tal vez volvería a ser parte de mí. **P**



APRENDÍ A CRECER CON VIOLENCIA

Diana Escobar



Resignificar la medicina: conciencia feminista en los consultorios

ABIGAIL ZENTELLA HERNÁNDEZ

A CASI UN SIGLO y medio después del 25 de agosto de 1887, cuando en el Hospital de San Andrés en la Ciudad de México efervescían los aplausos para Matilde Petra Montoya Lafragua, estoy por titularme como médica en Tabasco. En un México donde era —y sigue siendo— inadmisibile que una mujer cursara una carrera liberal aparte de ser madre, esposa y cuidadora, Montoya se convirtió en la primera mujer que estudió Medicina fuera de la Ciudad de México, la primera mujer estudiante en la Escuela Nacional Preparatoria (para revalidar materias) y la primera mujer médica titulada de México. Ese día, la impresión de lo que estaba ocurriendo fue tanta que, tras la aprobación por unanimidad de su examen práctico, Montoya cayó desmayada. Y no era para menos, pues el resultado ponía de manifiesto que su aspiración profesional finalmente había vencido al rechazo social, al menosprecio del cuerpo académico y a las disputas que se generaron durante su formación académica. En un contexto sociocultural esculpido por miradas y pensamientos masculinos, y donde la profesión médica había sido únicamente integrada por hombres, la titulación de Montoya acaparó el encabezado de *Violetas del Anáhuac*, un periódico feminista de la época. La resistencia de ella y sus contemporáneas feministas a una realidad hostil y desalentadora abrió el camino de las ciencias a otras mujeres de esa generación y de las siguientes, como la mía.

Desde entonces, la cifra de mujeres matriculadas para carreras como Medicina se ha emparejado con la de los hombres. Sin embargo, nuestra presencia física en las aulas, en los consultorios o en los hospitales sigue atravesada por las mismas brechas, injusticias y violencias de género del siglo XIX. Declarar estas problemáticas como extintas en la enseñanza y práctica médica manifestaría

una completa apatía hacia una realidad sostenida por un sistema patriarcal aún vigente.

La medicina, al igual que otras disciplinas, es tan social y cultural como científica. Va más allá de la pila de libros de patologías humanas; son los testimonios de personas, de sus cuerpos, de sus sentires, de sus pensamientos y de sus vidas. Por lo que ser mujer, ser médica, ser paciente, ser familiar y amiga de pacientes me convoca a reflexionar sobre las violencias de género en esta profesión. En esa misma medida me convocan otras circunstancias como mi color de piel, mi heterosexualidad, mi corporalidad y mi clase social, condiciones en torno a las cuales se construyen privilegios o limitantes. A partir de esto, puedo reconocer y cuestionar los discursos y conductas violentas que se han ejercido sobre otras, que han ejercido sobre mí y que también he llegado a ejercer sobre otras mujeres en algunas circunstancias.

*

Desde sus orígenes, la medicina ha producido y reforzado discursos opresivos que se han incorporado a la conciencia colectiva y consolidado como paradigmas en la sociedad. Así, uno de los tantos conjuntos de hombres que tuvieron el poder de construir el saber médico, los hipocráticos, formaron teorías en torno al útero que le presentaron al mundo una visión de inferioridad de las mujeres. Se valieron de esto para justificar nuestros “males”, nuestras “locuras” y nuestras “fragilidades”. Bajo esas circunstancias se esculpieron discursos médicos que se materializaron en comportamientos que respondían —y responden— a valores autoritarios y opresores, mismos que la sociedad aprendió a conservar, replicar y transmitir contras las mujeres.





Según la RAE, *estar* se define como el suceso de existir, hallarse en este o aquel lugar. Mientras que *ocupar* se refiere a llenar un espacio. Desde Montoya, las mujeres comenzamos a estar en un aula de clases de Medicina. Sus décadas de trabajo nos llevaron hasta allí para encomendarnos la lucha feminista que gestaron ella y sus contemporáneas. Hoy continuamos ese camino sobre cimientos más fuertes, más sororas y comunales. Y si bien muchas —pero no todas— ya existimos en esos espacios, se nos ha limitado en la forma de ocuparlos, abarcarlos y acuerparlos sin reservas o culpa. Sobrevivimos resistiendo y rebelándonos al constante intento de borrado e invisibilización a niveles físicos, intelectuales y emocionales. El lenguaje, por ejemplo, es un elemento social con la capacidad de producir o anular realidades, por lo que supone una herramienta de invisibilización para las instituciones patriarcales. Por eso, no es de extrañarse que a mi amiga residente de anestesiología algunos pacientes se refieran a ella con absoluta naturalidad como *chica*, *niña*, *señorita* o *muñeca* antes que *médica* o *doctora*. Situación que le ocurre muy poco, por decir nunca, a sus compañeros hombres. La figura masculina como símbolo de autoridad intelectual traspasa los espacios domésticos, y la preparación de ellos nunca es cuestionada por su género.

Otra forma de invisibilización consiste en los abusos de poder que respaldan una medicina y un sistema de salud jerárquicos y verticales. Esto permite que pasen desapercibidos comentarios, actitudes y comportamientos de acoso y violencia que excluyen, inferiorizan, clasifican y (des)califican. Si eres mujer, la seguridad del espacio en el que te encuentras casi siempre es parcial e incompleta. En la cotidianidad de una estudiante de medicina, una MIP (médica interna de pregrado), una residente de especialidad o una médica de base coexiste el comentario misógino del maestro que dice en clase: “Si es mujer, no le creas” con el ligero roce en la cintura o espalda que invade tu cuerpo con sutileza. La mirada que te examina con lujuria y parece atravesar el uniforme, la bata o hasta la ropa holgada de los quirófanos. El comentario que busca invalidar tus conocimientos, esfuerzos y aptitudes con el pretexto de que sólo sobresaes porque te quieren coger. El cuestionamiento de tu cuerpo antes y después del internado o la residencia. La demanda de



El álbum de la mujer, año 5, tomo 9, núm. 10, 1887

Imagen: Biblioteca virtual Miguel de Cervantes

explicaciones acerca de cuándo te harás madre, porque “el trabajo no lo es todo y tu capacidad reproductiva tiene fecha de caducidad”, pero también la discriminación por convertirte en madre “antes de tiempo”, situación que te dificultará ser aceptada en hospitales públicos para realizar tu internado o residencia. La sobrecarga de trabajo o un día guardada en el hospital tras resistirte al cortejo del R+ (residente de “mayor jerarquía”). Las conversaciones hospitalarias que promueven una sub-clasificación de especialidades según el aspecto físico; se habla de quién “sí se ve” como dermatóloga, como oftalmóloga o como pediatra, y pocas veces de quién como traumatóloga o cirujana, porque son especialidades “de hombres” que requieren una alta destreza quirúrgica difícil de desarrollar. La inadvertencia de todo lo anterior conduce al último peldaño de violencia en estos espacios: el feminicidio, como el que sucedió a

una médica pasante de servicio social en una clínica en Chiapas a manos de un colega médico.

Ante esta realidad, la lucha feminista en la medicina se conduce por la libertad a ocupar más, abarcar más, protagonizar más y de forma igualitaria y segura un consultorio, un quirófono, un laboratorio de investigación o cualquier cargo directivo. Y a partir de allí, desarticular los mecanismos patriarcales que intentan seccionar y mutilar con un bisturí académico y profesional la existencia que nos fue heredada.

*

Los tintes míticos —y a la vez violentos— con que se tiñeron los discursos médicos en torno a los cuerpos femeninos han afectado a las mujeres en formación médica y a la calidad de la atención que se presta a las personas que se identifican como mujeres. De esta forma, la atención médica tiende a seguirse desarrollando como un discurso unilateral y paternalista. Portar una bata y un estetoscopio de autoridad imposibilita el diálogo con las pacientes y las despoja de su autonomía.

En una sociedad regida por un sistema patriarcal y capitalista, el acceso a una atención médica empática y digna es la excepción a la regla, no la norma. Los prejuicios de género se suman a actitudes sexistas, misóginas, racistas, clasistas y gordofóbicas normalizadas, y el momento en que se manifiestan es indiferente a la entrada o salida de la paciente del consultorio. La institución androcentrista es el todo, es la causa y el efecto, y alimentarla es el mandato social e incluso médico. Esto último lo expongo desde mi experiencia como paciente psiquiátrica, cuando en medio de una consulta repentina por un ataque de ansiedad —y recalco: ataque de ansiedad— mi psiquiatra (hombre) determinó que, a fin de no repercutir en la esfera sexual de mi relación, cambiaría el antidepresivo iniciado un mes antes. A esta resolución añadió: “Pero también hazle el desayuno, dale besos y las cosas van a mejorar”. En cuestión de 15 minutos fui relegada a un segundo plano en mi propia consulta, anulada como mujer y paciente. La satisfacción sexual de otro hombre condujo el plan terapéutico para mi trastorno ansioso-depresivo. Esa tarde continué mi guardia con la certeza de que esa atención no re-

presentaba un espacio seguro para mí. Como paciente no había acompañamiento que recibir. Como médica no había profesionalismo que replicar.

El análisis sobre el cumplimiento de nuestro “deber ser” como mujeres está a la orden del día. Cualquier momento parece prudente para invalidar la decisión de no ser madres, porque “así dicen todas y más tarde que temprano vas a cambiar de opinión”. No obstante, esta postura obedece a la heterogeneidad de condicionantes de salud que atraviesan a una paciente, porque entonces, ante una mujer indígena multipara se plantea un discurso muy distinto. En éste, casi siempre surge la imperante necesidad de un método anticonceptivo irreversible como la OTB (oclusión tubárica bilateral o ligadura de trompas). Así pues, las sugerencias médicas que se realizan a mujeres que viven realidades distintas convergen en un discurso que decreta sobre sus cuerpos desde una figura de autoridad incuestionable. Una y otra vez. Sobre una y otra mujer.

Sobre la línea de violencia obstétrica, hace 25 años el miedo, la vergüenza y las reprensiones acompañaron el trabajo de parto de mi madre: “¡Tu no deberías estar aquí, chamaca! Así que ahorita ni lloriquees”. Con el pasar de los años las reprensiones tomaron una ruta más invasiva: “¿Por qué sólo una hija? ¿Para cuándo el otro? ¿Ya te hiciste estudios?” No puedo enumerar las veces que mi madre se deslindó de esos cuestionamientos en un consultorio de ginecología o en una conversación casual después de una reunión de madres (porque padres no había ninguno). Más de una vez confirmé que como mujeres tenemos la necesidad de crear(nos) espacios seguros, incluso en pequeñas conversaciones de la cotidianidad. A veces esos espacios se construyen a partir de respuestas más incómodas que las preguntas. De esta manera, el espacio que ocupa un: “Sí, pero debes tener otro, tan siquiera”, se puede reapropiar cuando la respuesta es: “Yo no soy la del problema de fertilidad, es mi marido”. Y a una respuesta incómoda —para quien cuestiona— le sigue un silencio incómodo que, irónicamente, jamás se rompe al cuestionar a las paternidades.

También existe la violencia estética. El juicio hacia los cuerpos ajenos se despliega con discursos de trasfondo gordofóbico dentro y fuera de los consultorios. Por un lado encontramos la permanente felicitación por los

kilos perdidos y la recriminación por recuperarlos. Por otro, exigencias como: "Necesito que, para la otra, me hayas bajado tantos kilos". En un mundo donde se cree que un cuerpo sano es y debe ser de cierta talla y forma, y donde además no existen infraestructuras que abracen a todas las corporalidades, se desestima a las pacientes con cuerpos gordos, (des)calificándolos como enfermos de forma automática. La suposición del estado de salud a partir de la sola observación de la corporalidad puede sesgar un diagnóstico y, en consecuencia, repercutir en la ruta terapéutica adecuada.

En una entrevista para el periódico *Milenio*, la médica feminista y fundadora de la clínica *Mujeres cuidado mujeres*, en la Ciudad de México, la doctora Mariana Robles, afirmó que:

Todos los indicadores de salud como el vínculo con la comida, las horas de descanso, cómo se está menstruando, cuidados en la piel, el cabello y el estado de humor se están olvidando por voltear a ver el número de una báscula.

Esto, aunado a un sistema de salud rebasado que limita una consulta a 20 minutos por paciente, más la falta de deconstrucción individual respecto a la gordofobia, amplifica los márgenes de error y perpetúa una práctica médica sin acompañamiento de calidad ni calidez.

*

La tridimensionalidad del concepto de salud propuesto por la OMS que dicta que "la salud es un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades", nace de las mismas esferas que rigen nuestra existencia como seres biopsicosociales. Por lo que fragmentar la medicina y escudriñar únicamente el tercio físico/biológico omite condicionantes sociales como la raza y etnicidad, religión, normas familiares y condiciones laborales. También descuida la consideración del entorno físico como condiciones de hacinamiento, el acceso a actividades recreativas, la calidad del aire y del agua. Lo anterior puede repercutir en aspectos del comportamiento individual como el estado de ánimo, los patrones de sueño

o de alimentación, la actividad física o el uso de sustancias. Dar por hecho que la salud se sostiene únicamente con el pilar del compromiso de las pacientes excluye todo lo que está fuera de su control. Además, refuerza los sentimientos de culpa y sumisión en una población ya señalada y sometida desde la crianza.

*

La medicina fue edificada como una institución patriarcal más que sigue vigente en la actualidad, por lo que nuestras luchas en estos espacios siguen siendo una reivindicación con todos los precedentes de desobediencia y revolución feminista. A un sistema de violencias que oprime, invisibiliza y anula a las mujeres en todos los espacios que intentamos ocupar, se le contraponen feminismos que invitan a nombrar, visibilizar, señalar y cuestionar esas violencias en voz alta, con voces colectivas y diversas. Lo que inicia como la identificación de los discursos patriarcales en la individualidad, resulta en la apertura de espacios para el diálogo con otras mujeres y sus historias. Cuando nos atestigamos en comunidad, coartamos los prejuicios de género arraigados.

Al reconocer las experiencias individuales y colectivas de violencia y discriminación, la perspectiva de género ayuda a comprender el origen estructural de las relaciones desiguales y de subordinación entre mujeres y hombres. Como resultado, se obtienen beneficios colectivos que pretenden alcanzar a todas las personas sin importar su identidad sexo-genérica en cualquier espacio. La medicina con perspectiva de género permite que más mujeres se desarrollen académica y profesionalmente sin ningún tipo de violencia. Además, resignifica la relación médica(o)-paciente como una relación horizontal y de co-responsabilidad, donde surgen conversaciones de escucha atenta y mutua, donde se toman decisiones informadas de forma bilateral, pero sobre todo donde se acompaña a todas las poblaciones de pacientes por igual. La revolución feminista en medicina ha comenzado. La medicina será feminista o no será. 📌



Feminismo, interrumpido

SANDRA DOLORES GÓMEZ AMADOR

SOY UNA MALA FEMINISTA. Lo sé. Lo llevo pensando desde hace años y, a pesar de mi imposibilidad de pronunciarlo en voz alta, lo sé. He dudado mucho hablar sobre ello porque anticipo la respuesta de mis compañeras: que no lo soy, que no le debo congruencia a nadie, que las "malas feministas" no existen. Y a pesar de todo, de saberme el discurso de que ninguna de nosotras ejerce su feminismo de una manera incorrecta, siempre hay una pequeña voz en mi cabeza que me dice que lo soy.

Soy mala feminista porque me he alejado del feminismo. Porque leer teoría, en contraste con mis primeros años de formación feminista en los que devoraba un libro tras otro, es algo que llevo meses sin hacer. Mis libros de Angela Davis, Betty Friedan, Chimamanda Ngozi Adichie y Simone de Beauvoir están empolvados al fondo de mi librero. Desde que terminé mi carrera universitaria no he escrito ningún ensayo sobre feminismo. Me niego a involucrarme en debates feministas con mis familiares o con desconocidos en redes sociales. A veces, cambio el canal del noticiero antes de escuchar el reportaje en el que van a poner en números rojos la cantidad de mujeres desaparecidas en México, la cantidad de asesinadas a manos de sus parejas, la

📷 Alicia Antonioli, 8M, 2023



cantidad de niñas violentadas. Pienso que la cifra me va quemar las puntas de las orejas y no voy a poder recuperarme nunca.

Estoy cansada. Yo, como Agnès Varda, intenté ser una feminista alegre, pero también estoy muy enojada.¹

Hoy en día soy incapaz de pararme frente a un grupo de hombres a explicarles lo que mil veces ya expliqué: que quiero que me respeten, que no quiero tener que ser su hermana, ni su madre, ni su novia para que sientan empatía por mí, que quiero que me perciban como un ser humano, que quiero caminar sin miedo por las calles, que quiero que dejen de acosar a mis amigas, que quiero, que quiero, que quiero, que quiero tanto y no tengo nada.

Sin embargo, debo admitir que mi incapacidad de enseñarle a los hombres sobre feminismo no es lo único que me hace sentir mala feminista. Mi memoria está plagada de las cosas que yo misma he hecho mal. Uno de mis peores defectos es quizás mi mirada. Tengo un hombre heterosexual viviendo dentro de mi cabeza; porque a pesar de haber atendido a decenas de cursos de deconstrucción o seminarios de perspectiva de género, cargo siempre conmigo su mirada. Me veo al espejo y pienso que no soy lo suficientemente flaca, que no soy bonita, que nadie me va a querer si no bajo diez kilos. Y sé que estoy mal: lo reconozco. Leí a Naomi Wolf y su mito de la belleza, hace unos siete años, y sé bien que las mujeres hemos sido presionadas por el patriarcado para adherirnos a los estándares sociales que determinan que lo bello es lo occidental, lo blanco, lo delgado. Estoy consciente de eso. Sé que todos los cuerpos son válidos, que la textura de mi piel no me hace menos valiosa, que ni siquiera estoy obligada a ser bonita para complacer a los demás. Lo sé, lo sé. Pero entonces ¿por qué cuando me veo en el espejo sólo quiero ser perfecta?

Ése es quizás mi otro defecto imperdonable, fatal: no sé cómo existir sin que me deseen. Muchas veces me ha preocupado más ser amada que amar, como a Jo March.² Tengo este deseo profundo y, al mismo tiempo, vergonzoso como un secreto, de ser querida, de no ser la última a la que elijan para unirse al equipo a la hora de recreo, de que alguien me vea como los hombres de las *romcoms* cuando, en medio de la lluvia o al pie de una ventana, por fin ven a las protagonistas por lo que realmente son: hermosas, perfectas, *the one*. Si bell hooks me conociera, diría que no entendí nada de su libro³ a pesar de que lo leí tres veces. El amor romántico me rebasa, se me sale de las manos: quiero ser lo suficientemente digerible como para que alguien me muerda, me mastique y me trague.⁴

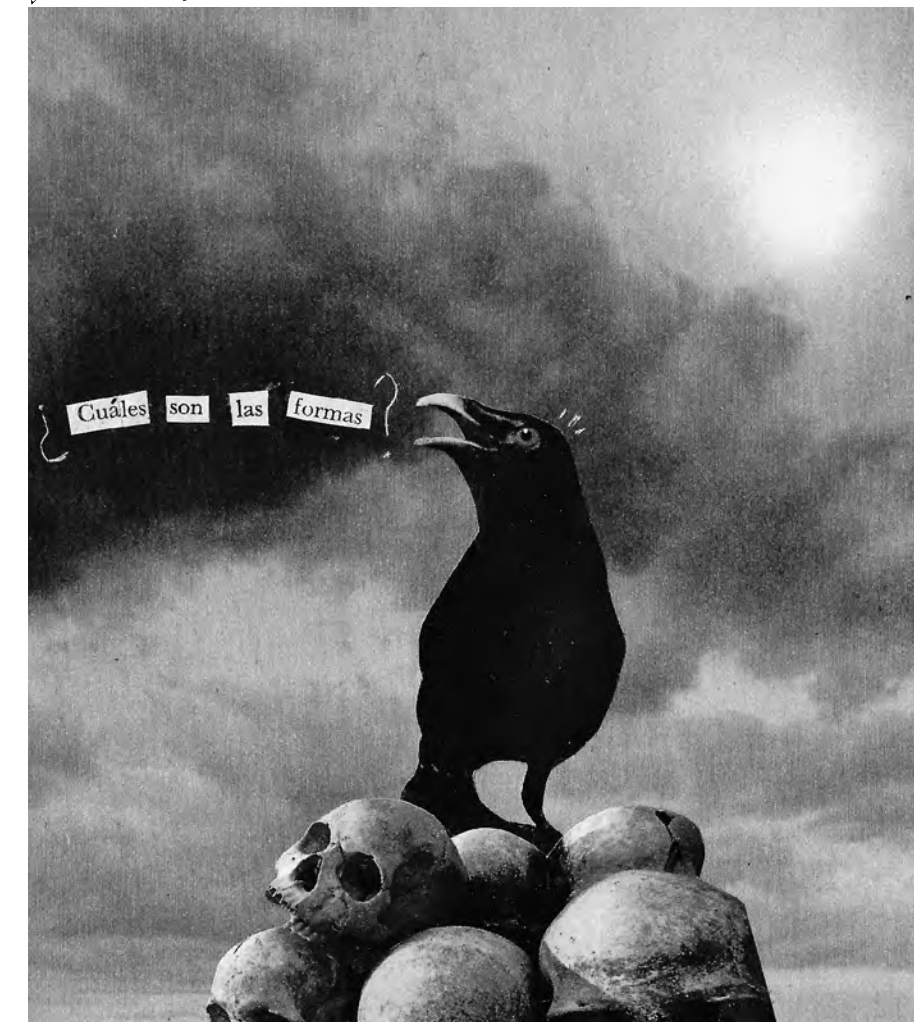
Este auto-reconocimiento es agotador. Me sé de memoria las teorías que contradicen mi pensar y, honestamente, creo en ellas como creería en la Biblia. Creo en todas las teóricas feministas más de lo que creo en mí misma. No obstante, estoy atrapada en este ciclo en el que me susurro a mí misma “eres más que tu cuerpo, no necesitas que alguien más te desee” y la voz me responde diciendo “¿estás segura?, ¿en verdad estás segura?, ¿estás segura de verdad?”. Esto es vivir partida a la mitad: entre lo que, con vergüenza, admito que soy y lo que debería ser.

Me pregunto a menudo si en algún momento, con la rapidez de un pájaro a medio vuelo, voy a cambiar. Si un día despertaré ya sin esta necesidad, sin estos deseos juveniles, sin las fantasías secretas, sin este apetito voraz que me pide a gritos ser

querida, ser mejor, ser una buena feminista. En las noches en las que no puedo dormir y las plantas de los pies me queman gritándome “vete de aquí, cambia, vete ya”, me pregunto si en verdad seré capaz de cambiar. Me digo a mí misma que tal vez nunca volveré a ser esta mujer que soy hoy. Quizás eso es lo que quiero: no sentirme triste por las versiones de mí misma que alguna vez fui.

No me hace falta la lástima y la compasión externa que una confesión como la mía probablemente provocará. No quiero que me digan que soy una buena feminista ni que me pongan una estrellita dorada en la frente. Soy una mala feminista, lo sé. Lo que en verdad quiero es cambiar, dejar de sentir que todos los días estoy a punto, justo en el borde, de ser la peor de todas. Quiero caminar esta vida sin que mis deseos equivalgan a incongruencia. Quiero ser. No lo quiero explicar. **P**

Aarón Farid Negrete González



¹ Agnès Varda, *Caras y lugares*, 2017.

² *Mujercitas*, Greta Gerwig, 2019. Adaptación de *Little Women*, Louisa May Alcott, 1868.

³ *All About Love: New Visions*, bell hooks, 2000.

⁴ Paráfrasis de “Hansel and Gretel”, *The Complete Poems*, Anne Sexton, 1981.



Carta a los editores

XIMENA CERVANTES

Odiarás a la niña que se te ponga enfrente
 dicta el *Manual del sexo femenino*
 dado a mí desde muy chiquita
 por entregas vía Disney Channel y otros medios
 Odiarás a la niña que se te ponga enfrente
 si y sobre todo si
 tras la comparación obligada niña a niña
 compruebas que ella es:

- a) más bonita que tú
- b) más inteligente que tú
- c) más talentosa que tú
- o
- d) te quiere robar al novio o al que te gusta
 (aunque todas sabemos, claro
 que si cumple con a, b, o c
 te quiere robar al novio o al que te gusta)

En cambio, podrá ser tu amiga la niña
 que sea visiblemente diferente a ti
 (y te ayude a resaltar como protagonista):
 que sea darketa, un poco rara
 medio mensa
 o muy chistosa
 pero feíta
 que esté ahí, pues, para complementarte
 y sólo eso, porque recuerda
 la que quita foco no puede ser amiga.



La primera vez que el *Manual* me falló
 tenía seis años
 Busqué
 ¿Qué hacer si:

- a) la más bonita y yo traemos los mismos calcetines
 y ahora queremos ser amigas?
- b) la más lista que yo me enseñó a hacer trenzas
 en las escaleras a la hora de la salida?
- c) la que más bonito colorea me presta sus plumones
 y me invitó a su fiesta?

Como no encontré respuesta
 supuse que habría excepciones
 así que fuimos juntas a la fiesta
 en una colaboración de trenzas
 y calcetines cuatrillizos.

El *Manual* desde entonces me quedaba corto
 pero le seguí creyendo
 y crecía yo
 con mi ejemplar bajo el brazo
 buscando con quién competir
 por ser Regina George.

Tras la primera excepción
 llegaron otras
 sacada de onda fui trazando
 signos de interrogación junto a cada premisa
 con un lápiz tímido y chiquitito.
 Pero agarré confianza
 poco a poco, con mis amigas
 hasta atrevernos a tachar

líneas del *Manual* completas:
que las mujeres no pelean de frente
se apuñalan por la espalda
que entre mujeres se critican
por deporte, por destructivas.

Nos preguntamos
por qué creímos
que el chócalas de un niño
era más sincero
que en las canchas que eran suyas
la amistad crecía más transparente
que en nuestros baños camerino.

Y seguimos tachando
y seguiremos
y vamos a correr a los redactores
y a los editores y a todo el mundo
para que los nuevos *Manuales* los escriban ellas
con sus plumones olor fruta
y sus plumas de brillitos
y que nunca más se nos oculte esto:
descubrirse es un regalo
que compartimos entre amigas.



Las periodistas acuerpamos y ponemos el cuerpo

LUZ RANGEL

“¡INVITAMOS A TODAS A ASISTIR a la marcha #8M y a acuerpar la toma!”, anuncia en Facebook una publicación de las alumnas de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, donde estudié periodismo.

¿Acuerpar? Qué palabra tan familiar en los últimos años. En infinitivo porque es un verbo y, por lo tanto, una acción.

Acuerpar es un llamado a la acción. Acuerpar a Carmen, mujer sobreviviente a un ataque con ácido, el día que le dicten sentencia a su agresor. Acuerpar a Bety, mamá de Andrea, cuando el feminicida de su hija le pida una disculpa pública. Acuerpar a Dolores, madre de Debanhi, cuando llegue desde Nuevo León al aeropuerto de la Ciudad de México porque tiene que reunirse con autoridades federales para conocer los avances del caso.

¿Cómo se conjuga el verbo *acuerpar*? Yo acuerpo, tú acuerpas, ella acuerpa, ustedes acuerpan, nosotras acuerpamos, ellas acuerpan. En todas las personas del singular y, sobre todo, del plural. En femenino.

Para la Real Academia Española *acuerpar* es sinónimo de *apoyar*. Pero en la jerga de los movimientos feministas este término es mucho más que cualquier definición de diccionario.

Acuerpar a las universitarias que marchan hacia rectoría. Acuerpar a las activistas que defienden la Glorieta de las Mujeres que Luchan. Acuerpar a las amigas de Ariadna para colocar girasoles en la carretera donde fue encontrado su cuerpo.

Cuerpo... ¿o cuerpa? En el verbo *acuerpar* caben esos dos vocablos. Cabe el cuerpo de las mujeres. O, mejor dicho, caben los cuerpos de las mujeres, todos, sin importar sus formas o tamaños. Se puede, incluso, sustituir la *o* por la *a*, para nombrarnos, hacernos visibles mediante el lenguaje.

Empecé a acuerpar sin saberlo. Y cuando lo supe no me había percatado de su significado. En redes veía

publicaciones que invitaban a acuerpar y las guardaba para mi agenda periodística. A los chats de trabajo o al correo electrónico llegaban convocatorias para acuerpar y mi editora me daba esas asignaciones.

Entonces, llegaba la fecha y hora en que nos habían citado y ahí estaban otras colegas periodistas, acuerpando con sus micrófonos y grabadoras, rodeando a la artista que había protestado en el Zócalo. Con sus cámaras de video y de fotografía, retratando a las colectivas de la manifestación. Con sus libretas o celulares, escribiendo sobre los derechos de las mujeres.

“Nombro como acuerpamiento o acuerpar a la acción personal y colectiva de nuestros cuerpos indignados ante las injusticias que viven otros cuerpos”, definió Lorena Cabnal, feminista comunitaria de Guatemala.

Las periodistas acuerpamos a otras mujeres cuando hacemos coberturas de sus historias desde la redacción o desde las calles para que sus casos lleguen como noticias a los medios de comunicación. Para que la audiencia le dé clic a esa publicación y la comparta.

“Acuerpar es hacer del cuerpo, cuerpa, es juntas, poner el cuerpo-cuerpa para todas las demás”, escribió la periodista Daniela Rea, editora de *Ya no somos las mismas y aquí sigue la guerra*.


Las periodistas acuerpamos cuando dejamos nuestro escritorio y, en lugar de estar frente a la pantalla de una computadora, estamos de cara a las personas que vamos a entrevistar sobre la violación de la que fueron víctimas. Cuando el congreso, donde se ha estado discutiendo por horas la despenalización del derecho a decidir, se convierte en nuestra oficina. Cuando hay que dejar datos personales en un sitio web para tener acceso a cierta información que nos permita hacer ese reportaje de largo aliento sobre trata de mujeres. Cuando hay que estar reportando en el lugar de los hechos sin importar si se trata del restaurante o el hotel donde



Perla Mónica Castro Cruz. Mamá de víctima de feminicidio en Mercadita. Ixtapaluca, Edomex, 2021

recién ocurrió un feminicidio. Cuando hay que contestar la llamada de un número desconocido que se atreve a hacer una amenaza por teléfono ya que no le pareció un tema que publicamos sobre el presupuesto destinado a las niñas.

Ponemos el nombre en cada pieza periodística que firmamos. Mostramos el rostro cada vez que es necesaria nuestra acreditación como prensa para que no nos corran de un evento. Las veces que levantamos la mano para preguntar en alguna conferencia con micrófono en mano sin que nos tiemble la voz.

Las periodistas no sólo acuerpamos con nuestro trabajo. También ponemos el cuerpo para poder ejercer nuestra profesión. 

Ya no

MARÍA VILLA

Mientras tanto, giraban sobre nosotros los grandes días y las grandes noches de una guerra feliz.
Jorge Luis Borges

DE ESTA HISTORIA sólo conozco dos palabras: ya no. La negación como puerta definitiva, colgada en el vacío. Algo que era. Esa idea nos asustó: el pasado y la pausa. Entonces no sabíamos qué nos ponía incómodas. Estábamos solas y ya. Sin más aristas que eso. Desnudas después de “ya no”.

Caminaremos 175 454 kilómetros en la carretera Robles-Salamanca. Los pies arderán a los primeros 1 000. Un hombre se detendrá a ofrecer ayuda. Nos negaremos. Pararemos en los matorrales. Todo parece el punto último, donde el lenguaje se convierte en balbuceo. Pasaremos desapercibidas, los coches manejarán a 330 km/h y no habrá tiempo para echarle ojo a dos muchachas solas por la carretera. Pasará alguna bicicleta, otros seres perdidos caminarán de pueblo en pueblo. La respiración comenzará a agotarse, los pies a quemar.

No podemos parar, le digo. Esta caminata es una herida con sentido. Si nos detenemos, sabrán dónde estamos. Sus ojos se nublan: siempre tuve piernas más fuertes que ella. A su cuerpo no le ha sentado bien el cambio. Un tráiler se detiene junto a nosotras. Las luces de ese monstruo brillan tanto como los ojos de ella. La caja de la máquina es tres veces más grande que una casa. Dos hombres dentro preguntan qué hacemos ahí, en medio de la nada. Que es peligroso, dicen. Que dos niñas solas en esa carretera son una tentación para muchos. Estamos bien, le digo. ¿Las llevamos? No, le digo de nuevo. Necias. Ni hablar, ahí les dejamos una fruta para el camino y una cobija. El frío no tarda en arreciar. La máquina demora en arrancar. Las luces en la caja se encienden. Un letrero en la parte de atrás: “Vamos con Dios, viajero”. Anoto sus placas, por precaución, porque hablar con desconocidos precisa tomar datos exactos: LV3030. Dormimos ahí, en un pedazo de terreno que no tiene luz. Nos sentimos más seguras así, en la oscuridad. Nada se ve de donde ella viene, lo único que existe es el sonido. ¿Cómo es?, le pregunto. Cierra los ojos, sus dedos cierran los míos. Ahora, en esta oscuridad absoluta, otra vez hay luz. No quiere dormir, pero duerme.

El mar es un golpe en sí. Recién me cruza los ojos y miro una serie de rostros desdibujados. Mujeres que quieren rebasar la ola. Sumerjo mi cuerpo. Los rostros me siguen. Nadamos hacia el cielo verde que nos ilumina. Sortear las olas o enfrentarlas. Ir lejos de las rocas. Esquivar el huracán, unirse a él. Encontrarnos en el punto justo en que las corrientes se encuentran. Se enredan algas en mis pies, ellas siguen, van sin mí. Nadan, nadan, nadan. Braceo, brinco, patada, respiración. Repito la técnica para salir del agua. Ellas han navegado ya lejos. Las he perdido con el horizonte. Mis piernas resisten, intentan: braceo, braceo, respiración, braceo, braceo. Extiendo mi brazo a la capa delgada de agua que me separa del viento, estoy cerca y el rocío de la mañana me despierta.



Sentimos el cobijo de la luz del sol que aún es soportable. Nuestra caminata atrae ojos de desconocidos, pequeños espectros de brillo que se asoman en los matorrales. ¿Y si volvemos?, le digo. Dice que no, ya no. No estamos perdidas. La carretera es recta, hay letreros por todos lados. Comemos la fruta que nos dio el hombre, seguimos. Pasan 30 minutos, 30 exactamente y una energía nueva me invade. Las piernas de pronto van a prisa, mis ojos y oídos se agudizan. Escucho todo, miro todo. Entiendo todo. El pasado se revuelve en mi cerebro. Le pregunto si le pasa lo mismo, si ella también tiene esta extrapolación de los sentidos; si puede ver el tiempo en una sola imagen. No responde, temo que su ausencia de respuesta signifique peligro. Temo que su silencio signifique: ya no voy contigo. Le exijo que diga algo, pero está inerte. Una luz en su nariz y su boca confundida. Su cuerpo se acelera y se desintegra. La miro mezclarse con todo lo que la rodea. El paisaje, la perspectiva. Todo disuelto en pequeñas partículas. Gotas de agua flotando entre mis brazos y mis piernas en un lugar que no conozco. Es el pasado.

No hemos vuelto, pero estamos otra vez en el pueblo. Están mis hermanos, todos ellos, mis cuñados, mi madre. Se estancaron en ese pedazo de tiempo. No me miran, no alcanzan a verme. No me importan, la busco a ella. ¿Dónde está? Escucho algo. Es el tiempo de nuevo, una gota que cae sobre mi cabeza y cobija el espacio en el que nos hemos perdido. Está ahí. En esa gota que se hunde también sobre mi padre. Él tiene a mamá en sus brazos. Parece un abrazo de amor, pero no creo. No le creo. También estoy yo, soy ésa también. Mirar mi cuerpo resulta normal, no me inmuta. Intento cruzar, pero la gota se hace gigante, me moja y cubre al mismo tiempo. Su condición líquida me protege. Protegida por el agua que podría cruzar.

Mamá intenta zafarse del abrazo, mi cuerpo en todos los tiempos quiere acercarse a ella, pero el suelo opone resistencia para que mi piel cruce. Esa fuerza, la resistencia, era ella, un ser vivo de un espacio desconocido. Hizo un viaje largo y el azar la puso aquí. *A mamá ya no se le puede salvar*, dijo. *A ti sí*. Su lenguaje consistía en eso, mostrarme historias de las que podía escapar. No escuché ningún sonido salir de ella, tomó forma de persona y aún estaba lejos de lo que conozco como palabras. Lo que hacía para definir la vida era un espejo paradigmático en el tiempo que me enseñaba posibilidades. Ahora lo entiendo, ahora sé que ella era ésa, la manzana del viaje y la barrera a mis brazos.

Le hago preguntas, la busco en ese tránsito por el pasado, pero no está. Sólo la gota del “ya no” que ahora reconozco como tu cuerpo líquido, el primer cuerpo. Tocan a la puerta, la gota cae de golpe, nadie la nota, sólo yo. Yo en la carretera al amanecer. Yo en la caminata. Una figura de mujer se asoma, mamá no la reconoce. Entra sin pedir permiso, no la ven. Papá, mamá, mis hermanos. Nadie sabe que cruzó la estancia para llegar a mí.

Papá deja a mamá libre del abrazo. Se cansa de molestarla y va a bañarse. Cierra la puerta, abre el agua caliente, el vapor se escapa por el marco. Un terror líquido. Escuchamos un golpe seco al interior. Todos sabemos que algo cayó en la regadera. Sólo a ellos les importa. Golpean la puerta, intentan que salga. Mamá en silencio, siempre callada, mientras toma un vaso de agua. Un frasco, un líquido nuevo. Algún veneno efectivo para deshacerse de la angustia. Su sonrisa me turba. Mira todo lo que pasa

desde un pequeño rincón doméstico, un espacio que le pertenece más que cualquier otro, desde donde el control es suyo, un lugar donde los brazos de papá no alcanzan.

La catástrofe es una nube sobre esta casa, un caos silencioso. Todo el sonido se desvanece. No tiene que tocarme para cubrir mis oídos. Me abstrae del desastre que presencio. Es ella al centro del pasillo. Es ella, mientras los gritos y preguntas se escuchan como ecos. Sus dedos sueltan tierra por el piso, eso sí deja rastro. Camina hacia mí, se ensucian mis pies cuando la encuentro de frente ¿de qué está hecha?, le pregunto, como si preguntar tuviera sentido. No dice nada. ¿escuchas?, ¿hay sonido de donde vienes?, ¿lo reconoces?

Llena mis mejillas de tierra, mi cuerpo recibe algún mensaje cuando sus ojos tocan los míos. Somos un par de raíces, le digo. No sé de dónde vienen esas palabras que no suenan a mí. ¿Por qué aquí?, le pregunto. Levanta el dedo índice a la altura de sus ojos. La primera, soy la primera. Esas palabras tampoco son mías. Mía tampoco es la sonrisa que quiero esbozar cuando miro a mi madre dichosa.

El gotero en su mano derecha. Un golpe de vapor nubla mi vista, se asoma el cuerpo de papá. Lograron abrir la puerta. Mamá inmóvil, muda, fría. La mirada nueva arde en sus ojos. Estuve en el cuerpo de esa mujer que está a punto de desvanecerse gozosa. Calculo los segundos de lo que está por venir. Mamá no mueve un solo músculo, casi creo que puede verme y verte a ti. Imaginarnos al menos.

Sonríe, me dice. *También quieres sonreír*. El pasado no podrá materializar esa felicidad, pero acá, desde donde miro todo, con mi cuerpo que hirió, podré soltar una carcajada que atraviesa el tiempo. El ruido de la risa, potente, es un mensaje de los que se habían olvidado que estaba ahí.

Ellos, mis hermanos, cargan a papá, calman el borbotón de sangre que escapa por su cabeza. Me buscan, recuerdan que vivo en la misma casa, quieren culparme, reclamarme el hilo de sangre que nos une. No sé si papá respira, no sé si su cuerpo es capaz de moverse, no sé si sus brazos volverán a tocarme. Están las manos de ellos que extienden su cuerpo, buscan mis ojos. Me oculto en ella, en la promesa que representa.

Toma mi mano. Nos vamos a ir, digo en voz alta. Soy un eco suyo, es el tacto lo que la hace hablar. Sólo cuando nos tocamos nos comunicamos. En este lugar mamá me dio a luz, no llegaron al hospital. Aquí se registró mi nacimiento. *Ya no importa*, dice. Ahora el segundo en que nací queda lejos de cualquier verdad.

Salimos en la madrugada. “Ya no”, retumba en mi cabeza. La tomo de la mano, no entiendo, pero la sigo. Están tras nosotras, nos miran por todos lados. La calle está helada, pero no siento frío. Los coches empañados, las plantas que se cubren con hielo en las hojas y yo en la misma temperatura que tú deseas que permanezca.

Comienzo a entender que sus pasos no son humanos, que su tacto es de otro lugar, que la forma en que su cuerpo se deshace en tierra no corresponde a este espacio del universo. No creo que pueda seguir a su lado. Se lo digo. Le advierto que tengo que regresar con mamá, que no la puedo dejar sola, que mis hermanos nos persiguen. *Hay cosas que te darán más miedo*, dice, pero mis labios son los que se mueven.

En un acto automático, dejo de llorar. Se congelan mis lágrimas. Por primera vez, mis pies se mueven al ritmo de los suyos. Los suyos flotan. Me transformo en pedazos

de ella, ahora no me doy cuenta, pero en ese instante su cuerpo se sincronizó con el mío. Revisé la hora: 3:30 a.m. Algo se apila dentro del pecho para ser naturales con el paso del tiempo.

Nos embarcamos en esta larga caminata. Lo veo todo. Ajustamos el ritmo. Me miro diciéndole que tengo hambre. No está preocupada por eso, sabe que la comida llegará, entiende que no la necesito, no ahora. Ella mira desde un lugar muy distinto, desde un plano más amplio al que alcanzan mis ojos. No te tengo miedo. *Ya no*, me responde.

Sus pies, ligeros, marcan el pavimento, los míos también. No lo noto, sólo desde el futuro me doy cuenta que tengo plomo y caigo en el cemento como si me sumergiera en el lodo. Una fuerza de gravedad que desconozco. *Gravedad* es una palabra que sólo se integraba en mi vocabulario de una forma trágica. Sentir grave lo que la casa escondía, los ojos de mis hermanos. Las manos de papá. Mamá llorando.

¿Debería comenzar a tener fe? Desde este lugar no hay recuerdos. Sólo puedo mirar, nada almacenado en mi cabeza, la plasticidad de mi memoria... esas palabras tampoco vienen de mí. Me enseña un lenguaje ajeno a la vida que conocía. Me enseña cómo es una casa que se desintegra, cómo salvarme de las pesadillas, cómo abrir los ojos, cómo escapar del mar.

Hay que hundirse, que los pies suavicen lo que tocan, que se sumerja todo mi cuerpo, el suyo, lo que queda de él. Todas las imágenes que he evitado se arremolinan en un espacio nuevo de mi cerebro, uno que se creó exclusivamente para este momento. La información me pone incómoda, no sé si me lleva a algún lugar. Esa proyección en mi cabeza regresa siempre a papá, a sus brutales manos encima de una piel que desconozco como mía, a las mejillas de una niña triste que desconozco como mías, a los pies manchados de una adolescente enojada que desconozco como míos. Mi cabeza, mis memorias, pero ése no es mi cuerpo.

Regreso a ella, al ritmo acelerado de mi andar. A nuestros cuerpos vertebrados que se deshacen a su ritmo. Hay un par de ojos alcanzando su cuerpo, son los míos. No tienen ningún color, mis ojos diablo, ojos opacos.

La miro acá, desde el futuro descompuesto. No llegará a ningún lado, no llegaremos. Estaremos varadas en medio de la nada, de los tiempos, los espacios. No hay calor, ni frío. Esto aquí es la nada: Dios. Un pedazo de cielo petrificado, ¿esto era el cielo? *El infierno*, dices, *aquí no arde nadie, sólo flota*. Flotamos en este líquido que eres. La incertidumbre es el terreno de lo cautivo, no estamos en ningún lugar. Aquí las definiciones y el lenguaje se disuelven. Eso era el infierno, ese pedazo en el que el significado común se agota, el sentido se agota, la respiración se agota.

Salvada o atrapada, no sé. Mi cuerpo se descompone de a poco, alcanzo a distinguir las piernas antes de separarse de mi torso. Mis ojos en algún otro espacio del universo. Todo lo veo, omnisciente pero impotente. Podría intentar describir cómo es habitar este hueco, pero eso también desaparece: sentir. No hay vuelta al infierno: *ya no*. **P**



Las nombramos bordando: entre lo textil y lo textual

SILVIA SANTAOLALLA

Tejer o bordar son actos definitivos, mucho más definitivos que producir una atómica.
Margo Glantz

17 DE SEPTIEMBRE DE 2016, Elvira Santillán, 35 años, Cuernavaca. Jojutla, 17 de febrero de 2016, Guadalupe, 35 años. Cristal Jaramillo Martínez, 20 de mayo de 2016. Un textil colectivo se despliega sobre una pared. 206 centímetros de alto por 241 de ancho. 54 bordados individuales conforman el *quilt*, cada uno de ellos lleva el nombre de una víctima de feminicidio en el estado de Morelos entre 2016 y 2020 y está hecho por una bordadora diferente. Frente al textil, un ataúd con numerosos bordados individuales que lo cubren, hilos de colores sobre manta que nombran a más víctimas de feminicidios. A sus pies flores. Las piezas se llaman *Quilt de feminicidios y Ataúd*, y fueron realizados entre 2019 y 2021 por las mujeres que conforman la colectiva morelense *Las nombramos bordando*.

Siempre soy la más cobarde, siempre huyo de las estadísticas, de los números, de los nombres que se atorán en la boca, de los rostros que se enredan entre las pestañas. Siempre lloro con el teléfono entre las manos cuando leo otra noticia. ¿Cómo podría alguien no sentirse destrozada por tantas muertas? Y el lenguaje me traiciona siempre. Tantas asesinadas. ¿Cuál es el último nombre que recuerdas haber leído de una mujer asesinada? Los que nunca se me han borrado son: Debanhi Escobar, Lesvy Berlín Osorio, Lucía Pérez Montero, María de Jesús Zamudio, Liliana Rivera Garza, Ingrid Escamilla. Fue el caso de Ingrid el que dio el chispazo para que decenas de mujeres bordaran los nombres de las cientos de víctimas de feminicidio que conforman estas piezas. Su asesinato fue tan crudo, tan doloroso y mediatizado que nos lastimó a todas. Nunca en la vida habría imaginado que imágenes así recorrerían cada rincón digital que conocemos, se impregnarían en la retina, se colarían en las pesadillas de todas.

Pero hubo muchísimas mujeres en México que reaccionaron y decidieron no victimizar ni callar. Una de ellas fue María Antonieta de la Rosa, la artista visual que fundó *Las nombramos bordando*, proyecto que ahora coordina con la poeta y activista Xóchitl Guzmán y la bióloga y activista Karime Díaz. Se trata de una colectiva que anonimiza la autoría y privilegia los nombres de las cientos de mujeres asesinadas en Morelos; un estado en el que, a pesar de tener casi diez años con alerta de violencia de género, los feminicidios siguen aumentando. Siempre soy la más cobarde, pero ellas son las más valientes.

Marilía Castillejos. *Ecos de rebeldía*. Cianotipia, patchwork y bordado, 120x100 cm

Pieza en memoria de las mujeres que aportaron una importante base ideológica al Partido Liberal Mexicano: Juana Belén Gutiérrez Chávez, Elisa Acuña, Dolores Jiménez y Muro, Susana Barrios, Sara Estela Ramírez, Margarita Zambrano, Julia Ontiveros, Ethel Duffy Turner, María Talavera Broussé y Lucía Norman. Gracias a ellas la palabra *liberal* adquirió un verdadero sentido revolucionario: por reconocerlas como trabajadoras y sujetas de derechos laborales y por incluir la regulación del trabajo doméstico en su programa político. Su incursión en el PLM fue como periodistas, fundadoras de diarios de oposición, huelguistas, impresoras, enfermeras y maestras. Su popularidad alcanzó a las obreras de las maquilas de la frontera con Estados Unidos y a maestras normalistas, quienes vieron en su discurso una esperanza.



Yo he tenido la fortuna de que ninguna de las mujeres más cercanas a mi vida haya sido asesinada. Digo fortuna y se me apachurran las tripas. Digo fortuna y me dan ganas de vomitar. Porque fortuna sería que yo no escribiera de esto. Fortuna sería que la palabra *feminicidio* no existiera. Es un simple azar realmente. No quiero que se me acuse de victimista, que sucede muchas veces cuando se habla de género, feminismos, feminicidio, pero sí, es un azar incluso no haber sido yo asesinada. Matan a 11 mujeres al día en México y nos piden que no seamos locas, histéricas, exageradas. Hay una paranoia entre las mujeres, dicen. Todas mandamos nuestra ubicación en tiempo real a grupos de amigas para que sepan dónde estamos, mandamos fotografías de cómo estamos vestidas, revisamos nuestros tragos en bares, vamos en grupos al baño, caminamos en sentido contrario al tráfico, fingimos llamadas en el Uber. Llegamos cansadas a nuestras casas, agotadas de la alerta

constante, del autocuidado que se nos impone, para encontrarnos en la situación más peligrosa: el hogar, la pareja, la familia.

Hay algo extraño que pasa con la palabra y es que las mujeres no tenemos derecho a usarla tan a la ligera. Cuando Liliana Rivera Garza fue asesinada el 16 de junio de 1990, la palabra *feminicidio* no existía. Su hermana Cristina escribiría 30 años después: "La falta de lenguaje es apabullante. La falta de lenguaje nos maniató, nos sofocó, nos estranguló, nos disparó, nos desuella, nos cercena, nos condena." Fue en 1992 que el libro *Femicide: The Politics of Woman Killing* se convirtió en uno de los primeros esfuerzos por conceptualizar y politizar el término en Estados Unidos. Fue Marcela Lagarde quien, durante el Seminario Internacional Feminicidio, Justicia y Derecho en 2005, tradujo el término en la presentación del mismo libro. Se tradujo como *feminicidio* y no *femicidio* para evitar que sólo se feminizara la palabra *homicidio*.



ya que “el feminicidio es la forma más extrema de terrorismo sexista motivado por odio, desprecio, placer o sentido de propiedad”. Rivera Garza también escribe:

El feminicidio no se tipificó en México sino hasta el 14 de junio de 2012, cuando el Código Penal Federal lo incorporó como un delito: Artículo 325: Comete el delito de feminicidio quien priva de la vida a una mujer por razones de género.

La modernidad empieza con la aguja. Es una afirmación y el título del ensayo de Margo Glantz donde expone no sólo la relación entre la escritura y el bordado femeninos, sino el poder de ambos. Glantz dice:

Ahora no queremos irnos de la casa, queremos vivir en ella y salir de ella y ejecutar en ese movimiento de lanzadera una nueva tela en la que se descubren los textiles y sobre todo los textuales.

Y yo tiemblo. Porque tengo que admitir que le temo a la palabra. Yo, que soy escritora, le temo a escribir, a hablar, a nombrar, a —como dice Glantz—:

Pronunciar otras palabras que quizá inicien otra historia, la de nuestra obscuridad secular, la de nuestro íntimo narcisismo, la de nuestras pequeñas diferencias para quebrantar los actos solemnes custodiados por el simbolismo milenario que nos condenó a ser perpetuamente un mito a caballo entre la rueda y el fogón.

Aunque me avergüence, me obligo a escribir que quizá siempre le he tenido miedo a la palabra. Por mucho que en mi casa me hayan incitado a subir la voz y reclamar, a gritar y hacerme notar, la voz me tiembla seguido y las letras me las censuro.

Hace unos meses, un ensayo mío publicado en esta misma revista se viralizó, y cuando leí los comentarios volví a sentir ese terror que me silencia. Sucedieron dos cosas. Por un lado, hubo comentarios que cuestionaron la relevancia de mis palabras y que hicieron que el miedo me supiera amargo en la boca. Sólo reproduciré tres de ellos: “Sólo ellas ven al patriarcado donde quiera y siempre se andan victimizando”. “Ay ya, pa’ que tan víctima, pasan cosas más importantes en el mundo”. “¿Y ese sistema patriarcal está con nosotros en esta habitación?”. Al terror le siguió una ola de mujeres des-

conocidas que tomaron la palabra y contaron sus propias historias en los comentarios. Historias que mi texto les había provocado contar. Palabras que me ayudaron a entender que lo importante de la palabra femenina no es nombrarse como autora, sino ser la que comienza el tapiz para que todas contemos nuestras historias. La escritura femenina no es individualizante, es colectiva.

Una de las razones por las que a María Antonieta de la Rosa se le ocurrió bordar una colcha llena de nombres de mujeres asesinadas tiene que ver con la historia de las sufragistas durante la *window smashing campaign*. En 1912, las sufragistas londinenses se organizaron para romper los vidrios de las tiendas como protesta a favor del voto femenino: mejor ventanas rotas que promesas rotas. Sobre este evento De la Rosa cuenta:

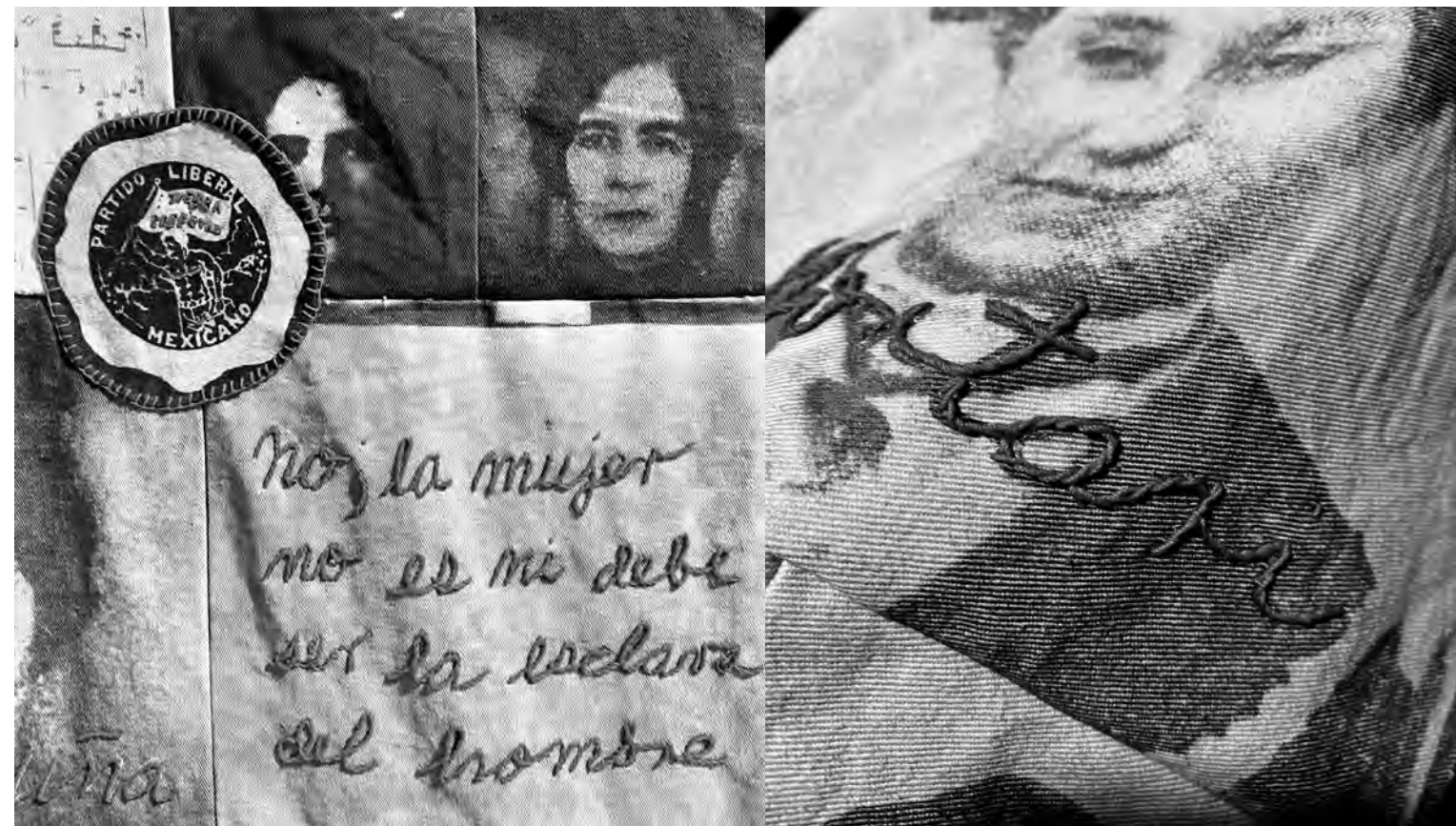
La policía las detuvo y en protesta hicieron una colcha con su firma y sus nombres bordados, esa acción de nombrarse bordando en protesta en todo este contexto me voló la cabeza, y fue ahí donde pensé la idea de *Las nombramos bordando*, pues poner el nombre con cada puntada tiene una carga muy fuerte.

Ante mi miedo a nombrar y el desafío de las activistas y bordadoras de este colectivo, aparecen dos Mónicas que me han salvado la vida muchas veces: Mónica Ojeda y Mónica Mayer. Cuando mi hermana y yo conocimos a Ojeda, mi hermana le planteó el temor que también la persigue a ella: ¿Acaso es terrible escribir sobre los horrores que nos acechan? ¿Acaso debería una resignarse a escribir sobre fantasías hermosas? ¿Acaso debería optar por el silencio definitivo? Con su voz de gurú, de quien se ha preguntado lo mismo durante años, nos respondió: “Pensar el dolor es algo luminoso. Escribimos del miedo en busca de la belleza”. Hace poco tuve la oportunidad de escuchar a Mónica Mayer. Cuando fue la ronda de preguntas, con mi hilo de voz tembloroso, le pregunté por estrategias para crear comunidad entre mujeres artistas, y ella, sin titubeos y con su voz fuerte, me dijo: “Nómbrense entre ustedes porque nadie más lo hará. Nadie más va a escribir de ustedes”.

Seis mujeres vestidas de blanco con máscaras de catrinas cargan un ataúd intervenido con los nombres bordados de las mujeres víctimas de feminicidio. Una mujer dice: “16 de marzo de 2016, Alondra Espinoza

Cruz, 14 años, asesinada en Jiutepec. Te nombramos”. Un coro de mujeres responde: “Te nombramos”. El grupo de mujeres avanza por las calles del centro de Cuernavaca hasta la Plaza de Armas. Pienso en cómo bordar no es sólo un acto artístico, mucho menos cuando lo que se borda son nombres de mujeres que fueron asesinadas y que el Estado prefiere olvidar. El bordado es un ritual en sí mismo, un ritual que las mujeres llevan siglos realizando en privado y apartándose del mundo público de los hombres, pero generando comunidades entre ellas mientras lo hacen y se cuentan historias. Como dice Irene Vallejo, las mujeres han sido las tejedoras de relatos y retales. Por eso cuando estuve parada frente al enorme *quilt* supe que las manos que bordaron esos nombres gritaban más fuerte que cualquier texto que yo pudiera hacer. Sin embargo, siento una responsabilidad de usar la palabra para agradecerles. Porque ellas bordan y nombran y pasan lista de las mujeres que nos fueron arrebatadas. Y yo, tejedora de palabras, lo mínimo que puedo hacer es nombrarlas a ellas y su esfuerzo por construir una memoria que no olvide a quienes nos faltan. El bordado de los nombres no parece llegar a un fin debido a que el número de feminicidios no para de incrementarse. Y mientras existan mujeres que borden sus nombres, esas mujeres dejan de ser cifras para convertirse en memoria:

Unimos lo roto con puntadas de letras, flores y corazones. Escribimos sus nombres en la tela para no olvidarlas, para mantener presente la realidad que nos atraviesa e insistir en que el feminicidio es una consecuencia directa de las estructuras de poder en el sistema patriarcal. (Las nombramos bordando). P





Te quedas en el mar, mamá

(FRAGMENTO)

ALICIA ESPINOSA

PLAYA

Hay dos camastros y una sombrilla clavada entre ellos, afuera de ésta todo es luz. Pasa una parvada de gaviotas y Paola las sigue con la mirada.

PAOLA: ¡Nico! espera, ven, siéntate un momento.

NICO: Paola, el del bar me está esperando.

PAOLA: No te quito mucho tiempo, ven.

Nico quita las cenizas de la madre de Paola del camastro y las pone en la arena sin cuidado.

FANTASMA DE LA MADRE: ¡Oye, imbécil, fíjate!

PAOLA: Nico, ¿me amas?

NICO: Qué clase de pregunta es ésa. *Pausa. Agarra el diario de la madre de Paola, lo observa y juguetea con él.* Eres mi esposa.

FANTASMA DE LA MADRE: Ésa no es una respuesta.

PAOLA: Las cosas ya no son como antes.

NICO: Es normal, Paola. El tiempo ha pasado, ya no somos los mismos. *Hojea el diario.*

PAOLA: ¿No crees que deberíamos hacer la familia más grande?

NICO: No es el momento. Yo tengo otros planes.

FANTASMA DE LA MADRE: Continuar embriagándote me parece un proyecto muy ambicioso.

NICO: ¿Y esta libreta? *Nico abre una página al azar y comienza a leer.* “Paola cumple hoy 6 meses, ya puede sostenerse cuando se sienta. Le gusta la papilla de chayote, y si trato de combinarle un poco de brócoli se da cuenta sin siquiera probarla. Es muy lista. Lo mismo con su trapito, ayer fuimos al parque y lo perdimos. Quise reemplazarlo por otro igual, pero no dejó de llorar hasta que Daniela se acostó a su lado y se quedaron dormidas juntas. La sola presencia de Daniela es un calmante para ella. Ambas se quieren mucho. Daniela a esa edad no tenía ninguna habilidad. Paola es la niña más inteligente que jamás haya visto. Daniela dice que Paola es su bebé, la llama ‘piojito’, porque dice que está muy chiquita”. Eras un bebé lindo, piojito.

PAOLA: Dámelo, Nico. Es el diario de mi mamá.

NICO: *Cambia de hoja.* “Susana duerme con Paola y Daniela, pero antes vino a dejarme algo de cenar y me ayudó a acostar. Sigo bastante adolorida. Quiso acompañar-



me, pero no había quien cuidara a las niñas y un hospital no es lugar para ellas. Susana es la mejor hermana. Ojalá que cuando Paola y Daniela crezcan continúen siendo tan unidas como nosotras. Por fortuna Ángela estaba en su casa y pudo llevarme al doctor. De todas maneras ésas son cosas que una tiene que hacer sola”.

FANTASMA DE LA MADRE: Dile que te lo dé.

PAOLA: Devuélvemelo, Nico.

NICO: A poco no te da curiosidad saber qué fue eso que hizo tu mamá. “Le dije a los médicos que fue un mal paso. Me parece que no se lo creyeron. Qué importa, no pueden hacer nada y mucho menos regresar el tiempo”.

FANTASMA DE LA MADRE: ¡Quítaselo!

Paola intenta arrebatarle el diario a Nico. Él la abraza fuerte del cuello con un solo brazo, dejándola inmobilizada, y continúa su lectura.

NICO: “Lucio me reclamó no haber planchado bien la línea de sus pantalones. Me gritó. Lo intenté abrazar para tranquilizarlo un poco, pero me aventó y caí de sentón en los escalones. Salió azotando la puerta y lo escuché reírse con ella. Se fueron. Cuando me levanté ya había manchado mi vestido y la sangre parecía no detenerse entre mis piernas. Me pusieron anestesia local, no fue suficiente. Yo lo sentí. Me dieron antibióticos y analgésicos, pero parecen no funcionar. Me dijeron que podía ser normal tener un poco de fiebre. Lucio no sabía nada del embarazo, quizás si él lo hubiese sabido... Espero sentirme mejor mañana”. *Nico suelta a Paola.* Don Lucio era tremendo. No era sólo un golpeador aficionado. También era un infiel que llevaba a su amante a la casa de su esposa.

PAOLA: ¡Cállate, Nicolás!

NICOLÁS: *Tira el diario al camastro, agarra la cartera de Paola, saca el dinero y la avienta. Olvida llevarse el catálogo. Señala su bolso.* En ese compartimiento siempre cargas dinero extra. *Sale.* Ay, que tu papito.

PAOLA: ¿Por qué nunca nos contaste del aborto?

FANTASMA DE LA MADRE: No quise involucrarte.

PAOLA: ¿Daniela lo sabía?

FANTASMA DE LA MADRE: Lo recuerda.

PAOLA: Nunca me lo dijo.

FANTASMA DE LA MADRE: Yo se lo pedí. Era suficiente con que una lo supiera.

PAOLA: Es evidente que Daniela sabe más cosas que yo.

FANTASMA DE LA MADRE: Porque es más grande. Se dio cuenta. No lo pude evitar y no puedes recriminármelo.

PAOLA: Sí puedo. Cuando crecimos empezaste a marcar las diferencias entre las dos.



FANTASMA DE LA MADRE: Debía ser justa, Paola.

PAOLA: ¿Justa? Mamá, conmigo nunca lo fuiste.

FANTASMA DE LA MADRE: Tú tenías mayores cualidades que Daniela, las tienes aún y quién sabe dónde están ahora, en qué momento las perdiste.

PAOLA: Me cansé. A cada momento resaltabas los logros de ella por encima de los míos. Yo era excelente y ella para ti mejor. Tuvo campamento, recibió atención de buenos terapeutas y a mí no me tocó nada.

FANTASMA DE LA MADRE: Créeme, no lo hubieras querido.

El fantasma de la madre señala el diario, Paola lo toma y la otra le señala dónde debe comenzar la lectura.

PAOLA: “Hace una semana que Lucio murió. Paola pregunta por su papá, dice que quiere verlo. Daniela no hace ningún comentario. Creo que su alivio por mí es mayor que el dolor por la ausencia de su padre. Lucio nunca fue malo con ella, al contrario; sin embargo, Daniela pudo ver algunas veces a las amantes de Lucio venir a la casa, sabía quiénes eran. *Pausa.* Sólo ese día de la cocina creo que ha sido la única ocasión que lo sorprendió haciéndome algo. Cuando entró, Lucio me tenía con la cabeza contra la parrilla de la estufa, casi me quema. Al ver a Daniela me soltó y se rio, le dijo que se trataba de un juego entre mamá y papá”. *Pasa unas páginas del diario.* “Daniela ya es una adolescente. Hoy llegó de la escuela y me preguntó si Lucio había sido el culpable de que yo perdiera a su hermano. Me dijo que ya sabía lo que era un aborto”. *Paola continúa hojeando el diario.* “Paola tiene un recuerdo impecable de su padre. En su recámara tiene una fotografía suya a la que acompaña en todo momento con una flor, diferente a Daniela que cuando siente hablar de Lucio cambia de tema o se va. La escuché hablar con una amiga y al parecer tiene más recuerdos de los que creí sobre Lucio y yo”. *Sigue pasando las páginas.* “Siento que me queman las entrañas de la pura rabia y que los ojos se me van a botar de tanto llorar y no dormir. La dejaron tirada en una jardinera. Una señora la encontró aún respirando y llamó a la ambulancia. Ese hijo de puta sigue allá fuera. ¿y si fueron varios? *Pausa.* Me siento culpable al sentir que todavía continúa con vida después de lo que le pasó. Los doctores no saben si va a despertar, ya pasó más de un mes y Daniela no abre los ojos. Odio decir que mi mamá tenía razón cuando decía que ‘de los males el peor’, sigo creyendo que es una frase estúpida, cómo alguien puede experimentar alivio al saber que las cosas no pueden ser peores de lo que ya son”.

FANTASMA DE LA MADRE: No sabía qué decirte.

PAOLA: Anhelaba tener esa edad para que me mandaras al campamento, y cuando no pasó me morí del coraje. A partir de ese ahí supe que Daniela era tu favorita

FANTASMA DE LA MADRE: La pasó muy mal.

PAOLA: No dejé de reclamártelo y durante el funeral se lo eché en cara.

FANTASMA DE LA MADRE: No fue tu intención.

Paola: Había ocasiones en las que busqué lastimarla, quería hacerla sentir mal, que supiera cómo es que yo lo pasaba. *Lee:* “Daniela me prohibió contarle a Paola muchas cosas. No quiere que se entere de nada y que crezca como ella, con una imagen de odio a Lucio. Tampoco quiere que sepa lo que le pasó. Piensa que es suficiente con que yo le dé un trato especial para que su hermana llegue a hacerlo. Me pide que las trate igual, lo intento y no puedo. Creo que Paola envidia ciertas cosas de cómo es mi relación con Daniela, pero no ha pasado lo que su hermana”.

FANTASMA DE LA MADRE: Daniela tenía miedo de que tuvieras que vivir lo mismo.

PAOLA: No parecía que nada le doliera. Es una mujer segura de sí y fuerte.

FANTASMA DE LA MADRE: Después de largos periodos de terapia pudo lograrlo.

PAOLA: “Daniela sabe qué Nicolás le deja esas marcas en los brazos a Paola. No lo ha visto ser violento con ella, pero pelean mucho por eso. Daniela lo acusa y Paola lo defiende. Paola es como yo con Lucio, sabemos que eso no está bien y no podemos detenerlo. El miedo es mayor. Me avergüenzo tanto de saberlo y no hacer nada. Quisiera tanto que Paola tuviera valor, que su miedo no la empequeñeciera. Temo que no corra con la misma suerte que yo, que un día me llamen para decirme que la encontraron...”

FANTASMA DE LA MADRE: Mira cómo traes ese cuello.

PAOLA: Cuando se entere va a cambiar.

FANTASMA DE LA MADRE: No, Paola. Ha sido así desde que se conocen. Estás a tiempo.

PAOLA: Mamá, no te prometo nada. Sabes que no es fácil. Mejor ven, siéntate un momento conmigo antes de irte. *Agarra las cosas del camastro para desocuparlo. El catálogo se cae y Paola al recogerlo desprende un post-it y lo lee:* “Voy a salir tarde, Nicky. Te espero en las bodegas para probar mi nuevo labial indeleble”.

NICO: *Entra.* ¿Todavía no avientas esas cenizas? Te di espacio para que lo hicieras tranquila y con tiempo. Anda, ve a tirarlas. Nos están esperando, hice amigos. Córrele, aquí te veo. *Nico agarra la urna y se la da a Paola.* Ya cúmplele su última voluntad a mamá Coquito y vámonos a divertir. *Pausa.* ¿Qué te pasa? No me digas que las quieres conservar. No, en la casa no vamos a tenerlas, dáselas a Daniela que era su favorita.

PAOLA: Nicky...

NICO: Así me dicen en la oficina. *Paola le enseña el post-it.* Ah, era de control de calidad, como están terminando de renovar las oficinas de los gerentes, nos están llamando a las bodegas para probar los productos.

PAOLA: ¿Desde hace cuánto tiempo me engañas?

NICO: Cómo piensas eso en un momento tan solemne como éste. Vienes a dejar las cenizas de tu mamá al mar.

PAOLA: ¿Quién es ella?



NICO: ...Verónica, la gerente general.

PAOLA: ¿Así lograste el ascenso?

NICO: Si me dieron un puesto mejor es porque saben de la calidad de mi trabajo.

PAOLA: Claro, llegando tarde a la oficina y oliendo a alcohol es como te haces destacar.

NICO: *Somete a Paola.* No voy a permitir que me ofendas.

PAOLA: Me lastimas.

NICO: Qué importa si me acosté con ella. Todos en el trabajo lo hacen. Yo no me iba a quedar contestando llamadas para siempre.

FANTASMA DE LA MADRE: Díselo.

NICO: Deberías agradecerme que me esforcé y ascendí para demostrárselo a las insoportables de tu hermana y de tu madre.

PAOLA: Nicolás, ¡estoy embarazada!

NICO: *Suelta a Paola.* ¿Desde cuándo?

PAOLA: Hoy en la mañana me hice la prueba.

NICO: Yo te dije que te cuidarás.

PAOLA: Viste cómo me pusieron los anticonceptivos, engordé, mi menstruación se alteró y junto con la enfermedad de mamá no pude con la depresión, se me vino más fuerte.

NICO: Debiste buscar más alternativas.

PAOLA: Pudiste ponerte preservativo.

NICO: Cómo se te ocurre. Estamos casados.

PAOLA: Eso no te vuelve inocente por lo que pasó anoche.

NICO: Tú me dejaste.

PAOLA: Yo no quería hacerlo. Estaba borracha, no recuerdo casi nada. Sólo tengo la sensación de cómo me acostaste y me quitaste los calzones a la fuerza.

NICO: No exageres.

PAOLA: Me duele la vagina.

NICO: Soy tu esposo.

PAOLA: Me violaste.

FANTASMA DE LA MADRE: Eres una asquerosa bola de mierda.

NICO: ¿Qué esperabas? Hace más de dos meses que no estamos juntos. Cómo no querías que te engañara y que pasara lo de ayer.

FANTASMA DE LA MADRE: Qué sinvergüenza e hijo de puta eres.

NICO: Tengo derechos.

PAOLA: No puedo más, Nicolás.

NICO: Ni yo, no sé qué te vi. Mírate, es obvio por qué tu mamá prefería a Daniela.

FANTASMA DE LA MADRE: ¡Mientes!

Nico agarra la bolsa de Paola, del compartimento saca el dinero guardado y sale. Paola lo observa irse y agarra la urna. Su madre la abraza y salen juntas.

DEPARTAMENTO

Es de día, sin embargo, afuera el cielo se ve gris y hace frío. Entra Paola cargando un bebé en brazos y se sienta. Atrás de ella viene Daniela con una pequeña maleta.

DANIELA: ¿Quieres algo de tomar? ¿Tienes hambre?

PAOLA: Me dieron de comer antes de darme de alta. Te ves cansada. Ve a dormir.

DANIELA: Acabas de tener un hijo y tú me dices a mí que me vaya a acostar. Te sientes toda una autoridad en el ámbito materno.

PAOLA: Te hiciste cargo de nosotras durante el embarazo y ahora en el parto. Dame unos días y me voy con Consuelo.

DANIELA: Pueden quedarse el tiempo que necesites. Tener a dos piojitos en casa no me molesta. Disculpa, sé que no te gusta que te llame así.

PAOLA: Ya me gusta. Ella es tan pequeña. *Pausa.* En estos días que estuvimos fuera, ¿ha pasado algo?

DANIELA: ¿Te refieres a que si sé algo de Nicolás?

PAOLA: Me intriga saber qué será de él.

DANIELA: Esto llegó hace como dos semanas. No quise dártelo, la fecha del parto estaba próxima y necesitabas tranquilidad.

Daniela le da un sobre a Paola, ésta saca el contenido y lee.

PAOLA: “Estimada Sra. Paola Fortis, Le escribimos para proporcionarle información sobre el paradero de su marido Nicolás Cauda. Lamentamos informarle que su cuerpo fue hallado aproximadamente a 15 kilómetros de la playa Paraíso. Al parecer ya tenía tiempo expuesto al ambiente por el grado de descomposición. Algunas gaviotas se encontraban sobre el cadáver al momento de su hallazgo. No sabemos si éstas fueron las que mutilaron algunos dedos de sus extremidades y extrajeron su ojo derecho, lo cual dificultó determinar si se trataba del señor Nicolás Cauda, sin embargo, gracias a las señas que nos proporcionó, corroboramos su identidad”.

DANIELA: Lo lamento.

PAOLA: La última vez que lo vi, antes de arrojar las cenizas de mamá al mar, deseé no tener que verlo jamás.

DANIELA: ¿Crees que fue tu culpa?

PAOLA: No. Vas a pensar que no tengo sentimientos, pero estoy tranquila. Me siento libre. Imagino que así se sintió mamá cuando murió papá. Sólo lamento no haber tenido la valentía de dejarlo antes.

DANIELA: Su muerte fue una casualidad que no te dejó saberlo. Las circunstancias se adelantaron.

Tocan el timbre. Daniela sale. Vuelve con un paquete y un sobre, se lo da a Paola, lo abre y lee.

PAOLA: “Estimada Sra. Fortis, el motivo de nuestra carta es, en primer lugar, para expresarle nuestras más sinceras condolencias por el fallecimiento de su marido, el señor Nicolás Cauda. En Cosmetics&Beauty los empleados son nuestra familia. No tenemos otra manera de visibilizar el dolor que nos embarga por la pérdida de un gran ser humano como él, por lo que a forma de indemnización usted podrá encontrar en el siguiente paquete...”

Paola continúa leyendo en voz baja, después deja la carta, abre el paquete y mira su contenido. En seguida Daniela al ver su expresión toma la carta y lee.

DANIELA: “... podrá encontrar en el siguiente paquete algunos artículos como sombras, labiales y delineadores que pertenecen a la temporada otoño-invierno del año pasado, esperando a que estos cosméticos puedan maquillar el sufrimiento por la ausencia de nuestro querido amigo Nicky. También podrá recibir durante un año la suscripción completamente gratis a nuestra revista digital de emprendedores en la industria de la belleza, a la que sólo tienen acceso nuestros distribuidores oficiales. Por lo que si usted desea encontrar una familia y una vacante laboral, la esperamos con los brazos abiertos. Atentamente Verónica Sastrejón. Gerente general de Cosmetics&Beauty.

OSCURO FINAL





No estás completa

SARA PADILLA

DESDE MI CUMPLEAÑOS 35 comencé a recibir una de dos reacciones cuando menciono que soy soltera: la humillación disimulada o el descarado acoso. Aunque mi respuesta al porqué es un seguro “porque así me gusta”, las personas no pueden evitar hacer un diagnóstico de mis facultades amorosas o darme consejos sobre cómo encontrar al hombre indicado.

Pocos días después de mi cumpleaños 42, mi amiga Paola me invitó a una comida en su casa por los viejos tiempos. Vi cómo la joven que expulsaban del bachillerato por llevar termos de café con whisky ahora regañaba casi a gritos a sus hijos por poner los codos sobre la mesa.

Al terminar la comida nos preparamos un café para hacer mejor digestión y Paola pidió a los niños que se retiraran a sus habitaciones.

—Espero que no sea entrometida la pregunta —dijo el esposo de Paola—, pero ¿por qué no estás casada?

—Porque así me gusta —respondí suspirando.

—Pues es un desperdicio, creo que eres muy guapa y aún luces joven, ¿no lo crees, amor? Fíjate que tengo un amigo...

Con el paso de los años he desarrollado la habilidad de taparme los oídos sin llevarme las manos a la cabeza. Volteé hacia el librero con pereza y descubrí *Breakfast at Tiffany's* de Truman Capote. Recordé cuando lo leí a los 20 años y la gran emoción que me causó descubrir a un personaje como Holly, tan irreverente y enganchada a la libertad; sin embargo, me decepcionó un poco ver el final de la versión cinematográfica: Audrey Hepburn entre los brazos de George Peppard al borde de las lágrimas aceptando su amor, cuando la Holly original rechazaba a Fred y seguía sus aventuras por Brasil. Así es la cultura popular, los personajes femeninos solteros son masacrados o redimidos.

—Sólo no me gustan las relaciones —dije con impaciencia al descubrir que los labios del hombre no se dejaban de mover.

—Ah, entonces supongo que es miedo al compromiso —contestó el esposo de Paola levantando sus lentes con el dedo índice.

—Me he mantenido sola durante 20 años, procuro que mis padres disfruten de una buena vejez, cuido a mis mascotas y preservo a mis amigos como lo más precioso de mi vida. ¿Cómo podría hacer todo eso si no fuera una persona comprometida?

El esposo de Paola me vio con benevolencia. Me sentí como una persona saludable encerrada en un hospital psiquiátrico gritando “¡yo no tengo que estar aquí!” y logrando con eso miradas lastimeras de los visitantes por la pobre enferma que no está consciente de lo mal que se encuentra.

Me despedí lo más pronto que pude y comencé a caminar pensando en lo sucedido. Supe que nunca me casaría cuando tenía 22 años y logré alquilar mi primer

departamento. Era pequeño y estaba destartado, pero era mío, al menos durante un mes cada que pagaba la renta con mi humilde salario de periodista principiante. Cada semana invertía un poco de dinero para comprar una planta o colgar algún cuadro. Adoraba llegar a ese lugar tan limpio y silencioso que había creado, en el que era dueña de mi tiempo y de mí misma.

Entré a un bar para tratar de sacudir la molestia de la comida antes de llegar a casa. Bebí una copa de vino mientras veía en la pantalla del lugar *You Were Never Lovelier* con Rita Hayworth y Fred Astaire. Cuando aparté la vista de la película para pedirle al mesero una segunda copa, noté a un joven de piel morena y tersa mirándome con curiosidad. Se acercó a la mesa en la que estaba y luego de una breve conversación fuimos a mi casa.

Por algún complejo relacionado con la higiene y la privacidad, sólo uso la habitación de invitados para tener sexo casual. Cuando terminamos nos acostamos y encendimos un cigarro que compartíamos cada dos fumadas.

—¿Qué edad tienes? —preguntó.

—¿Cuántos me echas?

—Unos... ¿34?

—Tengo 42.

—¿De verdad? —preguntó sorprendido, incorporándose en la cama—, ¿y no tienes esposo?

Parecía que ese día el mundo me estaba jugando una mala broma. Le dije que simplemente amaba estar sola y que no creía en el *felices para siempre* después del matrimonio.

—Yo creo que es porque no te has enamorado —dijo mi acompañante inflando su pecho como mostrando que él podía ser el correcto. Eso hacen todos los hombres con los que he estado; cuando menciono que me gusta ser soltera su ego los hace escuchar: “te reto a que no me enamoras ni me haces querer casarme contigo”.

—No me enamoraré de ti, si es lo que estás pensando.

Se llevó la mano al corazón e hizo una mueca de dolor. Nos reímos y después de una hora se retiró, dándome un beso de despedida. Entré al baño para darme una ducha y me pregunté cuál sería el año en que la sociedad deje de meter sus narices donde no la llaman y pueda disfrutar de una velada con nuevos conocidos sin pasar momentos irritables en los que ponen en duda mi felicidad. **P**

Victoria Tejeida. Mujer





Nadie sabe dónde estás

AZUL RAMOS

*Que sepan los que te mataron que pagarán con sangre.
Que sepan los que te dieron tormento que me verán un día*
Pablo Neruda

pego en los postes tu rostro
en esa media carta
donde grabo tu nombre
cuánto mides
cómo son tus ojos
el color y las cejas que los coronan
qué ropa llevas puesta
algunas marcas particulares
en tu apenas un metro sesenta y cinco

a qué hora saliste de casa
y cuál fue tu último mensaje
hace días que nadie sabe
no saben
decirme
cuál fue la hora o el lugar donde desapareciste

en el reloj
la manecilla está parada a las tres de la tarde
la hora en que comemos

leo tu mensaje una y otra vez
tomé el bus llego en una hora



acomodo los platos por si entras corriendo
espero una hora dos
pero el reloj continúa detenido en su tic(tac)

los cubiertos
de ser inmóviles
han decidido esperarte
como el gorrión que un día vi caer en picada
del edificio
y al estrellarse
—por no saber volar—
se quedó pegado al asfalto
y yo esperé a que llegaras para explicarme
de qué manera
—que desconocía—
alguien con alas podía morir al volar
tomaste su cuerpecito
esas alas atravesadas por el viento
vueltas hacia atrás
y le devolviste su orientación
lo guardaste en una malla para enterrarlo luego en el jardín
la puerta a medio abrir sopló esta mañana
abría cerraba abría cerraba
y tu cuerpo jamás cortó el viento

tomé el teléfono
y llamé

buzón de voz
buzón de voz
buzón de voz



nadie sabe dónde estás
pero sé que tienes hambre
que tu cuerpo flaco deambula en algún lado
que caminas encorvado
con tus pies rayando el piso
resoplando bramidos por el calor y el cansancio

te espero
en la silla de concha donde nos recostamos a pensar
en cómo se crea una canción de rap
o cuántos mangos comeríamos si escalamos el árbol aquél
en medio del patio

corto el recuerdo
llamo otra vez

silencio

madre me dice que busquemos en otro lado
en la semeño por ejemplo
para saber si aún queda algún rastro por seguir
o es momento de sobrevivir a tu ausencia

me da miedo decirlo
pero sé que te borraron
aunque la abuela esté diciendo en este momento
que te siente que estás lejos que éste no eres tú

te miro
no sé diferenciar en tu rostro ennegrecido y deformado
esa nariz chata y tus ojos de sol eclipsado
las constelaciones marcadas en tu cuerpo
en esta mesa de metal
con la desnudez expuesta

sabía reconocer en ti el olor a talco que se guardaba en tu cuello
o el de tus calcetines húmedos
en la sala junto a tus tenis encharcados

sabía de tus manos y tus líneas
qué trazo llevaba a tu corazón palpitante
y no a una roca

hago este recuento
porque no sé cuándo dejaste de cumplir años

porque un día
no supe quién
te sacó del transporte y te llevó lejos
torció tus brazos hacia tu espalda
tapó tu boca y tus ojos
y te borró el nombre
para guardarte en dos costales de papas
solo

MA DIANEY GAR



EDAD AL DES
FECHA AL DE
20/10/1993
ESTURA: 1.6
COMPLEXIÓN
CARA: ALARGA
CABELLO: CAS
LARGO LACIO
NARIZ: ACHAT
OREJAS: MED
MENTÓN. OVA
LUGAR DE EXT
EL MUNICIPIO
SEÑAS PART
CICATRIZ QU
LADO DERECH



Perla Mónica Castro Cruz. Mural a víctima de feminicidio. Chimalhuacán, Edomex, 2021



Cuerpos diáfanos III: poner el cuerpo o el futuro ya es feminista

ILLIANA OLALDE

¿QUÉ PASA CUANDO el futuro siempre está allá, en el horizonte? Decir que *el futuro ya es feminista* podría sonar a ingenuidad, a privilegio, a falta de perspectiva. También podría sonar a urgencia, a deseo, a intencionalidad y acción. ¿Con base en qué podríamos decir que *el futuro ya es feminista*? ¿con qué herramientas, con cuáles argumentos, qué acontecimientos lo afirmarían y qué sensaciones respaldarían hacer tan necesaria declaración?

Ésta es una invitación a la reflexión, al diálogo y a la potencia de *hacer mundo*. Ningún análisis está descorporizado. Se escribe igual que se pone el cuerpo y se pone el cuerpo cuando se escribe. Ponemos el cuerpo en cada espacio de nuestras vidas. ¿Cuál es ese cuerpo y cómo se posiciona ante el mundo? En el *cuerpo que somos* tienen lugar las relaciones asimétricas que nos atraviesan y, como dice Mari Luz Esteban, está condicionado por un sistema discriminador y diferenciador para las mujeres, pero también es el agente perfecto para la confrontación. El cuerpo que somos, el que es sujeto y no objeto del mundo.

Lo personal es político reza el lema feminista, vigente y potente, y aun más cuando semejante afirmación se ve rebasada, transformada y actualizada o, como diría Julia Antivilo: “El cuerpo es político”.

El futuro ya es feminista cuando se pone el cuerpo

El futuro ya es feminista cuando poner el cuerpo se convierte en una política de identidad, cuando poner el cuerpo se transforma en un ejercicio de escucha colectiva que nos informa sobre la potencia de los cuerpos de las mujeres como hacedoras del mundo, cuando poner el cuerpo significa escuchar al cuerpo propio en busca de uno colectivo. Las mujeres nos habilitamos para redistribuir a través de la reflexión y el esfuerzo de resistir a lo largo del tiempo los espacios que nos han sido negados. El cuerpo es nuestro espacio de pensamiento y de acción mediante el que nos afirmamos como sujetos del mundo. El cuerpo colectivo de las mujeres es una potencia que invoca y convoca. Nuestro cuerpo es el umbral y el puente a través del cual nos encarnamos con libertad. La experiencia encarnada, el cuerpo vivido. Lo que acontece. Nuestro poner el cuerpo —desde los feminismos— coexiste entre lo público y lo privado, ambas esferas se afectan mutuamente, se tornan indisociables. Ponemos en acción la ética, la crítica y el futuro desde el presente.

La experiencia de nuestros cuerpos es urgente

Darle importancia a la experiencia de nuestros cuerpos es urgente no sólo para relatar la historia en completud, sino en tanto que es una dimensión viva, sensible

y colectiva. Hablar desde la experiencia del cuerpo es urgente cuando apelamos a redescubrir y redistribuir su conciencia y potencia como un campo que integra todas nuestras experiencias, emociones y pensamientos en su materialidad. Pensar con el cuerpo se hace indispensable cuando comenzamos a entender la experiencia no sólo en lo singular y al cuerpo no como el mero “contenedor” y “soporte” de nuestra experiencia en el mundo. En nuestra carne está todo, el presente, el pasado y el futuro.

¿Cómo regresar la mirada al cuerpo? Los feminicidios y las desapariciones nos interpelan a todas, sea por la rabia, el temor, lo infrahumano de esos actos, la estupidez de la injusticia y la impunidad. Pero, en realidad, la violencia nos interpela a todxs. ¿Cómo visibilizamos un cuerpo que “no está presente” y, sin embargo, *está presente*? ¿Cómo dotamos a nuestro imaginario colectivo de una capacidad reflexiva en el marco de una realidad que constantemente anula o supone la presencia de los cuerpos?

Del reconocimiento a la redistribución

Los feminismos, hoy por hoy, son la resistencia popular. Empujamos al patriarcado a la puerta de salida con nuestras acciones y con nuestra crítica, reeducándonos, sensibilizándonos, movilizándonos. Este cuerpo que somos es el lugar y el agente de la confrontación: las mujeres, las madres buscadoras, las colectivas, las de los zulos, las conversaciones donde nos cuidamos y cuestionamos, los espacios seguros, la contención, el respeto y, sobre todo, nuestras diferencias.

Es urgente que los feminismos sean incluyentes e interseccionales. Es urgente que los hombres sean feministas, que rompan el pacto patriarcal. Es urgente que las mujeres y hombres en el poder rompan el pacto. Que las feministas del presente tengamos esperanza y acción para las feministas del futuro. Estar juntas y articularnos políticamente sí es suficiente, aunque seamos distintas.

Los feminismos no excluyen, bienvenen. Bienvenidxs. “Hemos todo tipo de feministas”, como dice mi amiga Heejoon June desde la lejana Corea del Sur. Nuestros contextos son diversos, unos más crueles y



Aarón Farid Negrete González

convulsos que otros. Es claro que no todas vivimos las mismas situaciones ni los mismos privilegios y, sin embargo, desde la diferencia nos reunimos. Las mujeres del sur, de los sures del mundo, de los nortes que parecen sur. Las mujeres negras, latinas, asiáticas, africanas, indígenas, blancas. Mis palabras no alcanzarían para nombrarlas. Y aunque no todas son feministas, aún, cada una sin sospecharlo hace su propio activismo al alcance de sus manos. No hay acción mínima.

Las prácticas feministas nunca han sido sincrónicas, más bien, como diría Mónica Valenciano somos *ensayistas*. Cuando ponemos el cuerpo todo lo que hacemos es ensayar y ensayar. Tratar, probar, practicar, encontrar la manera, reconocernos en ese estado de presencia, cuestionando, dialogando, confrontando, imaginando para construir la realidad. El feminismo es una práctica transversal. Es la práctica de intervenir los espacios masculinizados por la historia y de inventar nuestros propios espacios. El feminismo atiende al ejercicio intelectual y a la práctica, igual que al instinto y a la intuición, al gozo. Ya estamos amplificando las voces del feminismo cuando visibilizamos la memoria colectiva de las mujeres. El orgullo es colectivo por todas las que han trabajado para el cambio, por las que estamos trabajando y por las que seguirán haciéndolo. Por quienes van despertando la conciencia de género. El presente ya es feminista.

Somos muchas y somos todas las que día con día abrimos el diálogo y nos atrevemos a “no quitarnos los lentes”. Hay que ser valientes para mirar la vida desde los feminismos. Que salgan del clóset las que temen hacerse llamar feministas por el miedo al qué dirán y al qué será. Comencemos por afirmarnos y nombrarnos feministas, no sólo como una identidad, sino como un

posicionamiento que accionamos sin pelos en la lengua, sin escrúpulos ni temor a señalamientos. Declarémonos todxs feministas y verán.

Pero seamos realistas, el feminismo no sustituye la terapia, como dice Dahlia de la Cerda, y la psicología ha monopolizado la salud mental, como diría mi amiga Alejandra Ortega. ¿Qué espacios otros fomentamos o construimos para abogar por la cordura frente al sinsentido?, ¿cuál es el lugar de la utopía ante un sistema equivocado y un Estado fallido, si aún después de los grandes y los pequeños avances vivimos en un mundo desigual, machista y patriarcal?, ¿cómo se llama eso que viene después del patriarcado en decadencia? Habría que inventar una palabra nueva. Mientras tanto, les dejo este mantra (a la Pina Bausch):

Be a feminist

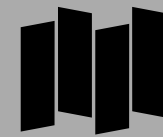
Be a feminist

Be a feminist, otherwise we are lost.

Seamos feministas, seamos feministas, seamos feministas, de otra forma estamos perdidxs. Que resuenen nuestras palabras, como resuenan nuestras acciones. A ratos se pierde la paciencia y nos gobierna el feminismo furioso, como lo llama Mónica Mayer. Que la paciencia y la furia sean igualmente persistentes, creativas, insistentes, resistentes e insospechadas. Mientras el futuro “llega” no vamos a negar nuestra presencia, que es ahora. Ni ante la desilusión, ni ante el descontento, ni ante la rabia. No vamos a suprimir los avances y los aciertos sólo por mirar a un horizonte *terraplanista* donde el futuro nunca pareciera suceder. El futuro será feminista o no será, porque el futuro ya lo es. Es ahora, está aquí, somos todas y, como dice mi mamá, ya era hora. 📍

Nos crecieron alas





CARRUSEL

HEREDADES

ENTRE LA DANZA Y EL GALOPE: LA FIGURA DE
NELLIE CAMPOBELLO
LUISA VALENZUELA

ENTRE VOCES

LUNA MIGUEL: RETRATO DE UNA
JOVEN ESCRITORA
URIEL DE JESÚS SANTIAGO VELASCO

BAJO CUBIERTA

LO QUE NO SE NOMBRA TAMBIÉN EXISTE
CLAUDIA SANTOS





Entre la danza y el galope: la figura de Nellie Campobello

LUISA VALENZUELA

HAY UNA FOTOGRAFÍA DE Nellie Campobello que me fascina. Con un fondo negro y un semblante vacío que extrañamente se siente lleno, observamos a una Campobello posando. Nació el 7 de noviembre de 1900 en Villa Ocampo, Durango, en un poblado que está muy al norte de su estado. Siendo muy pequeña se mudó junto a su familia a Parral, Chihuahua, donde vivió durante los años de la Revolución, justo en medio de disparos, caballos, revueltas, leyendas e historias.

Desde que era muy niña, algo sobre el norte siempre me ha atraído, nací a la mitad del frío invierno y siempre me di cuenta de que había algo en esas tierras y esos vientos, una mezcla entre salvajismo y fortaleza, al mismo tiempo que suavidad y sentimiento. A los nacidos en el desierto siempre nos será familiar deambular entre extremos.

Después de vivir durante algún tiempo en el norte, Campobello se mudó a la Ciudad de México y se incorporó en 1930 a la sección de Música y Bailes Nacionales de la Secretaría de Educación Pública; a partir de ese momento su carrera en la danza despegó. Fundó la Escuela Nacional de Danza, que dirigió por años y sigue activa, creó el Ballet de la Ciudad de México, publicó, junto a su hermana Gloria Campobello, el libro *Ritmos indígenas de México* y a la fecha su labor en la danza es sumamente reconocida. Sin embargo, fue tiempo antes que produjo una de sus obras más notables.

Cartucho fue escrito en 1931, pero no fue sino hasta 1969 cuando el libro cobró relevancia debido a que fue incluido en *La Antología de la Novela de la Revolución* preparada por Antonio Castro Leal, donde compartió un espacio junto a los grandes cronistas de la época, 12 autores, nacidos entre 1875 y 1906, como Martín Luis Guzmán, chihuahuense Premio Nacional de Literatura, o Mariano Azuela, médico de Villa en sus campamentos.

La literatura de Nellie Campobello tardó en ser reconocida, siempre me he preguntado por qué. Es un caso de esos en que la obra se aprecia mejor cuando se ve de lejos. En su momento la literatura de la Revolución tenía que ser aguerrida, salvaje, siempre retratando la realidad desde un punto de vista crudo; no se permitía ningún espacio para aquello que escribió en *Cartucho*, que (si seguimos hablando de mezclas) es una dualidad literaria, una combinación de crudeza y muerte en palabras de una niña. Hoy, aquello que escribió Nellie Campobello hace casi 100 años reclama con todas sus letras ser observado y apreciado, y nos da la oportunidad de regresar en el tiempo para valorar lo que tiene por decir.



Fototeca CENIDI Danza/INBA Fondo documental Rosa Reyna. Fotografía de SEMO

De las obras de Campobello mi favorita siempre ha sido *Cartucho*, porque sus estampas son una joya para entender, vivir y sentir la Revolución. Mucho se ha hablado de la “mirada femenina” de autoras de otros siglos, sin embargo, más que mirada femenina, quisiera describirla como una mirada humana. Esa humanidad tan característica de Campobello se mezcla con la sencillez de su narración, todas sus letras fluyen y nos llevan de la mano casi sin notarlo a través de este conflicto. Al leerla parece que danzamos con las historias, pues logra conectar con el lector siempre con gracia y suavidad. Leer *Cartucho* es revivir una danza revolucionaria.

En todas sus estampas, Campobello retrata la realidad de una época villista, violenta y caótica; cada uno de esos relatos parecen sencillos, pero





Foto: INAH Sistema Nacional de Fototecas

en realidad hay una complejidad palpable. ¿Se pueden tomar como crónicas de esos años? Sí, definitivamente, en sus retratos me topo frente a frente con el ejército villista y el carrancista, con los muertos, con las viudas y los huérfanos, una realidad palpable y apabullante de la Revolución. ¿Hay fantasía o ficción en ellos? Por supuesto, vemos fantasmas, como en el cuento “El muerto”, donde dos hermanitas (ella y su hermana “Gloriecita”) presencian una balacera y atestiguan cómo una figura espectralmente viva pasa frente a ellas, un inconfundible jinete al que le faltaba una pierna y que a lo largo de la silla de montar llevaba una muleta. La imagen cautiva a las niñas, que lo observan pasar sin mover músculo alguno. Al final de la balacera el pueblo entero vuelve a la vida, todos salen de sus casas para ver a quiénes les había “tocado”. Durante la inspección, entre los muertos se

encontraba “el Mochito”, aquel hombre sin pierna que estaba tirado en el piso “muy recto como haciendo un saludo militar”. En *Cartucho*, Campobello juega con la realidad, la mezcla, la enreda y los límites se vuelven misteriosos y difusos. ¿Acabamos de leer una crónica o nos fuimos más hacia la narrativa de lo insólito? Los extremos que maneja en sus escritos son muestra del norte que lleva en la sangre.

Otro de sus libros más representativos es *Las manos de mamá*, donde de nuevo nos muestra esa sencillez en su narrativa, una sencillez que es capaz de atrapar la cotidianidad de una familia y mantenerla cautiva para convertirla en palabras. La crudeza es retratada a través de una mirada joven, infantil; tal parece que Campobello congeló todos sus recuerdos y los de su mamá para acceder a ellos cuando le diera gusto. En *Las manos de mamá* (en medio de fusilados, cabalgatas y disparos) logra regalar a su mamá una carta de amor en voz de una niña.

Como todo en ella era sorpresa inesperada, un día Nellie Campobello se fue. Hay una escabrosa historia sobre su desaparición y su muerte, se habla de secuestro, de maltrato en manos de personas que pensó que eran sus amigos y de un certificado con dudosas causas de muerte. A pesar de que era una figura importante, a la fecha no se ha logrado esclarecer lo que pasó. Investigué y dicen que en su casa, muy cerca de la mía, se perdieron cosas invaluable, cartas que intercambiaba con Martín Luis Guzmán, obras de Diego Rivera, telones para sus representaciones hechos por Orozco. Me apena la historia, y en un intento por darle un mejor cierre prefiero imaginarme que en un ir y venir entre el presente y el pasado, Nellie, con su mirada llena y semblante vacío, desapareció tras una nube de polvo, se la llevaron al galope, regresaron por ella todas sus historias, todos sus personajes, todos regresaron por la suavidad de sus palabras y la crudeza de sus narraciones.

La figura de Nellie Campobello es una muestra de cómo la narrativa escrita por mujeres tiene la capacidad de asombrarnos y sorprendernos, incluso casi 100 años después. Mirar al pasado, rascar las historias, nos permite descubrir nuevas figuras que invariablemente nos van a llevar a seguir luchando por poner en el centro de la mesa a todas estas mujeres que merecen tomar sus propios lugares en la literatura, para reconocerlas, leerlas y redescubrirlas, sean del norte (como ella) o no.

Nellie Campobello es una bocanada de aire en el desierto, suave, pero seca, una bocanada que sin siquiera notarlo, te llena por completo y te impide respirar a tu gusto; justo cuando piensas que ya estás por ahogarte, te suelta, das un respiro profundo y agradeces la oportunidad de respirar bien fuerte una vez más. **P**



Luna Miguel: retrato de una joven escritora

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS DE URIEL DE JESÚS SANTIAGO VELASCO

Luna Miguel (Alcalá de Henares, 1990) duda acerca de si se le debe o no seguir llamando "escritora joven", pero, al verla, es inevitable no pensar en su juventud. Muy precozmente, desde los 18 años, ha publicado los libros de poesía *Estar enfermo* (2010), *Poetry is not dead* (2010), *Pensamientos estériles* (2011), *La Tumba del marinero* (2013), *Los estómagos* (2015), *El arrecife de las sirenas* (2017) y *Poesía Masculina* (2021). Es además autora de los libros feministas: *El funeral de Lolita* (2018), *El coloquio de las perras* (2019) —donde rinde homenaje a 12 escritoras, entre ellas Eunice Odio, Elena Garro, Victoria Santa Cruz y Guadalupe Amor— y *Caliente* (2019). Sus textos se han traducido a una docena de lenguas y es una de las representantes de la nueva escritura española.



Recientemente estuvo en México como invitada de la 41 FERIA Internacional del Libro de Oaxaca. Me cita unas horas antes de que salga su vuelo y comience su peregrinaje de regreso a Barcelona, en el patio del céntrico hotel donde se hospeda; se acerca el mediodía y espero a que haga check out. Al acercarse, la veo batallar con dos grandes bolsos llenos de libros, "tuve que sacrificar la ropa por los libros" me dice y toma asiento frente a mí, viste un corto vestido negro y botas uniforme, sus tatuajes son un toque de color en su piel; acto seguido se acomoda el cabello y se cruza de piernas, atenta para comenzar con la entrevista.

Primero hablamos de su acercamiento al mundo de los libros, siendo hija de un profesor de literatura y una madre escritora, era impensable que esto no ocurriera. Desde que trazó sus primeras letras, la escritura se convirtió en una obligación, y entre juego y juego adquirió la costumbre de la escritura y el amor por los libros.

A los 11 años descubrió que los libros podían ser sobre deseo o erotismo, desde entonces la exploración del cuerpo y los sentires ha sido algo que la ha fascinado. Su pubertad coincidió con la época de explosión de los blogs y publicó sus primeros poemas en Fotolog.

El erotismo y la marginalidad forman parte de la mejor literatura

¿Cuál fue el primer libro con el que flipaste, como dicen?

Uff, lo recuerdo perfectamente, fue *La senda del perdedor* de Bukowski, mi padre me lo dio a los 11 años y me emocionó, porque de repente vi que la literatura no solamente eran aquellas cosas que parecía que no me

interesaban, sino que se podía hablar de guarradas en los libros (*risas*) y yo creo que gracias a las guarradas empecé a leer.

Tu escritura es muy erótica, transgresora, hasta puede ser incómoda, pero haces que suene poética. ¿Cómo lo logras?

Bueno, gracias (sonríe), yo creo que el erotismo y la marginalidad forman parte de la mejor literatura, son temas y son estados de ánimo difíciles de expresar, que conlleva mucho trabajo pensarlos y escribirlos. También creo que la literatura no tiene que ser agradable ni bonita; tenemos la idea de que la poesía tiene que ser preciosa, como una joyita, pero yo creo que también puede ser fea; a mí me interesa mucho explorar la fealdad de la literatura.

¿Qué es la fealdad para ti?

Es una enorme pregunta, pero supongo que es eso que de entrada nos genera rechazo porque no lo entendemos o porque no es normativo y, de repente, lo más feo puede convertirse en lo más atractivo o lo más bello.

¿Por qué crees que sea incomodo hablar de erotismo si es algo normal?

Mi teoría es que la sexualidad, tanto con uno mismo, como en compañía, es algo que hacemos en la intimidad, cuando estamos en nuestros cuartos encerrados y, por lo tanto, es algo que nadie puede controlar. A los poderosos les gusta controlarnos, les gusta saber lo que hacemos, lo que pensamos, basta ver los anuncios de Google que nos salen y tienen que ver con la conversación que tuvimos ayer con nuestra amiga. Entonces, en un mundo en que tenemos que estar constantemente controlados, la sexualidad es lo más libre que hacemos y da miedo que podamos disfrutar en soledad y que nadie pueda controlar nuestro deseo.

Muchos escriben textos eróticos, pero permanecen ocultos. ¿Qué hizo que tú no tuvieras esta barrera?

Sí que la tengo, y muchas veces no me atrevo a escribir sobre lo que quisiera, pero yo creo que esa barrera simplemente se quita con lectura. Creo que hay una gran tradición de voces femeninas y masculinas que han tratado el tema del deseo, la sexualidad, el onanismo, etc. y cuando te das cuenta de que es algo que lleva escribiéndose desde la antigua Grecia y que realmente no lo elevamos a la categoría de "buena literatura" por todos los tabúes de la sociedad, pues sólo hay dos opciones: seguir perpetuando el tabú o atreverse también a hablar desde ese lugar.

¿Romper tabúes en la literatura?

A mí me molesta mucho esto de que la literatura tiene que romper tabúes. Yo creo que, en realidad, en literatura no hay... (*piensa unos segundos*) o no debería haber tabúes.



Sin embargo, es un hecho que los hay.

Claro, porque son tabúes sociales, no literarios.

¿Recuerdas la primera vez que leíste un texto erótico en público?

Creo que la primera vez que leí en público fue en un bar en Almería —la ciudad en la que crecí—, al sur de España, y pues estaba muy nerviosa, me trabé, no sabía hablar en público, yo era una adolescente, menos mal que de eso ya han pasado más de 15 años (risas).

¿Qué tanto ha aprendido Luna Miguel en estos 15 años?

No sé si he aprendido a escribir, pero sí a leer, crear itinerarios de lectura, a ordenar mis obsesiones como escritora; también a aceptar las críticas, obviamente.

¿Cuáles son tus obsesiones como escritora?

Me obsesiona el retrato del cuerpo, el tema del deseo, no solamente el sexual, sino el de estar vivos. El deseo en general es algo que me preocupa.

Luna Miguel es de formación periodista, estudió en la Universidad Rey Juan Carlos en España, sin embargo, a una materia de concluir, abandonó la carrera, pues dice que llegó a un momento en que o continuaba estudiando o dejaba de trabajar, “y yo decidí seguir trabajando” dice. También confiesa que en ocasiones se arrepiente, pero se consuela al darse cuenta de que si hubiera dejado su trabajo, no hubiera llegado a ser editora y probablemente tampoco escritora. “Yo aprendí más trabajando que en muchos años de carrera, sin embargo yo creo que sigo estudiando, soy una lectora voraz, para mí la lectura también es estudio”. Se afirma autodidacta.

Un travestismo literario

Por muchos años escritores hombres han hecho personajes femeninos, como Gustave Flaubert con Madame Bovary. ¿Para ti qué fue ponerte en la mente de un hombre al hacer tu libro Poesía masculina?

Yo creo que muchas escritoras se han puesto en una voz masculina muchas veces: Iris Murdoch por ejemplo o Clarice Lispector. Pero sí que es verdad que a mí me obsesionaba abordarlo desde la poesía y ver hasta dónde podía llegar y qué libertades podía conseguir; la verdad es que una de las cosas más curiosas del proceso fue que me di cuenta de que al intentar escribir como un hombre obtuve libertades que como mujer nunca me había dado.

¿Cómo qué libertades?

El humor, la escatología, el cinismo, cierta ironía; yo que escribo prácticamente temas autobiográficos me di cuenta de que todo esto no me lo había permitido desde mi

yo Luna, pero al crear un personaje hombre, un personaje macho, todo eso que no me había permitido de repente lo estaba pudiendo hacer.

Nos matamos a trabajar y pocas veces podemos disfrutar con nuestros hijos

Eres mamá desde hace cinco años. ¿Cambió tu visión de vida al tener a tu hijo?

No. Cambió mi visión de la responsabilidad, de repente la vida ya no era organizar las cosas conforme a mis deseos, mis voluntades y mi trabajo, sino organizar el día a día conforme a las necesidades de mi hijo. En aquel entonces yo tenía 25 años y a esa edad puedes ser muy irresponsable... (*piensa unos segundos*), a los 30 también (*risas*), pero bueno, sí cambió mi visión de lo que significa ser responsable.

¿Y a tu hijo lo estas metiendo al mundo lector o no?

Lo intento (*dice desanimada*), pero él siempre dice “yo no quiero aprender a leer”, porque él es aún muy pequeño, no sabe leer todavía, más que algunas cositas y entender unas palabras; y dice eso, que a él no le gustan los libros, que hay demasiados en su casa, pero bueno, ésa es buena señal, significa que ya se ha fijado, ha visto que ahí hay algo raro (*esboza una sonrisa*).

¿Te has visto repetir con tu hijo cosas que tus padres hacían contigo al educarte?

Sí, muchas veces cuando le regaño o me pregunta “¿juagamos?” y yo le digo “no, porque estoy trabajando”, vienen resonancias de cuando mis padres no estaban conmigo o tenían otras cosas que hacer y a mí me daba rabia. Entonces siento mucha pena, pero creo que nunca va a cambiar, generación tras generación nos matamos a trabajar y muy pocas veces podemos disfrutar de un tiempo tan luminoso con nuestros hijos. Además, yo soy madre soltera, vivo sola y paso mucho tiempo con él, pero también paso mucho tiempo trabajando, porque una pagándose un piso sola en Barcelona es muy complejo. A veces me veo a mí misma diciendo “tengo que dejar de trabajar un momento, porque tengo que jugar con él, y ya cuando se duerma, vuelvo a trabajar” y es muy pesado; pero si no, acabas cayendo en esa figura ausente, que no puede ni dedicar dos segundos a ver una película con su hijo.

¿Qué ha sido lo más duro que has tenido que afrontar con la maternidad?

Realmente para mí no ha habido ningún golpe duro con la maternidad. Quizá sería pensar que si yo antes no llegaba a fin de mes o no me pagaban de algún lugar o no me salía un trabajo, pues ahorrraba, compraba arroz y estaba un mes comiendo mal y no pasaba nada; pero ahora la precariedad es distinta porque hay que pagar un colegio, darle de comer a un niño. Yo no me puedo permitir la precariedad ahora mismo, sí o sí tengo que llegar a unos mínimos para que él tenga una vida digna. De repente en la juventud tenía diez euros en la cuenta y decía “puedo terminar así el mes”, ahora ya no, el hecho de tener menos de 1000 euros en la cuenta es cómo decir “¡Dios mío me van a quitar a mi hijo!”, “tengo que buscar otro trabajo” o

“escribir a este periódico a ver si me compran un artículo”. Yo creo que ése es el choque más fuerte entre la juventud con hijo o sin hijo, que uno ya no puede permitirse ser precario, porque ya no sólo es para ti, es para alguien más.

Las hojas secas de un árbol cercano bailan mientras caen entre nosotros, Luna se mueve mucho mientras habla, constantemente gira de posición en su silla; como ya se siente el frío invernal, pienso que es por eso, luego me aclara que es normal, que ella suele moverse mucho. Entonces le pregunto: “Si se mira al espejo ¿qué ve?”, me responde con mucho humor que luego de haber comido tantos tacos, mole y chilaquiles en Oaxaca, a lo que le teme al llegar a casa no es al espejo, sino a la báscula, ambos nos reímos, las carcajadas se prolongan. Al final suspira y reconoce: “Veo a una mujer, cansada a veces, porque ser escritora es complejo, es difícil vivir de ello, pero se intenta”. P



Lo que no se nombra también existe

CLAUDIA SANTOS

Casas vacías (2018) es la primera novela de Brenda Navarro, escritora, socióloga y economista de la Ciudad de México. Originalmente publicada por la editorial Kaja Negra, *Casas vacías* es una novela a dos voces que presenta los pensamientos de un par de mujeres que (ya) no pueden ser madres y su dolor por haber perdido a un hijo. Ellas narran en medio de contextos violentos en los que son tanto oprimidas como violentadoras, mostrando el carácter hereditario y cíclico de la violencia. La opresión que atraviesan no es sólo física o psicológica, sino también la de la maternidad como constructo aspiracional e imposición femenina. Esta novela, que también retrata temáticas como el feminicidio, la soledad, el miedo y el hartazgo, expone la realidad de muchas mujeres y lo complicado que puede ser nombrar o reconocer la violencia cuando se está atrapada dentro de ella, y cómo incluso cuando ésta se denuncia no se obtiene justicia.

Ninguna de las narradoras tiene nombre, lo que conduce a nombrarlas a partir de la maternidad: la madre de Daniel y la madre de Leonel. Desde el comienzo, lxs lectorxs se ven obligadxs a nombrarlas y definir las a partir de sus ausencias, un acierto debido a que éstas las atraviesan de forma ineludible. La madre de Daniel se nos presenta como madre de nadie, pues se niega a actuar como madre de Nagore, la sobrina de Fran, su pareja, cuyo cuidado le fue impuesto tras el feminicidio de su madre, y ella, por su parte, ha perdido a su hijo Daniel: “Yo me volví madre de una niña de seis años mientras engendraba a Daniel en mi vientre. Luego no fui madre y ése fue el problema”. Al expresar esto, la narradora muestra que la comprensión de la maternidad está ligada al actuar. La madre de Daniel ya no actuaba como madre con Daniel porque éste ya



Casas vacías
Brenda Navarro
Sexto Piso, 2018
162 pp.


no estaba, y el dolor de su ausencia la imposibilitaba para actuar como madre de Nagore. Maternar entonces no es procrear, sino criar, cuidar, procurar, servir: lo que no puede ya hacer con ninguno de sus hijxs.

La madre de Leonel, en cambio, no puede nombrarse como madre pues la acompaña la sombra de que su hijo no es su hijo, es de alguien más porque se lo robó a otra madre. Está atrapada en el deseo de ser madre sin alcanzarlo nunca del todo. Ella enuncia: “quería ser madre de los hijos de Rafael”, pero él evita dejarla embarazada y por eso se lleva a Leonel. Además, expresa cierto reconocimiento de que su obsesión con ser madre está atravesada por la construcción social femenina cuando dice que:

Luego para darme una respuesta sí he llegado a pensar que todo empezó cuando mis primas empezaron a tener hijos, de la noche a la mañana las casas de mis tías se llenaron de niños que gritaban por todos lados. Primero dejé de ir a visitarlas, no sé, me sentía incómoda, pero luego empecé a salir con Rafael y al mes de andar le dije que yo quería tener una hija.

La personaje intenta ser madre para no quedar fuera de la que se considera la experiencia femenina en su contexto y para intentar seguir perteneciendo como mujer. Por ello, a pesar de no poder mostrar mucho a Leonel para no arriesgarse a que se le reconozca como el niño perdido, invita a sus primas a visitarla. Sin embargo, debido a las diferencias de Leonel, que tiene autismo, y a que no cuadra cómo llegó a su vida, no lo consigue, como al final no consigue tampoco ser madre.

Si buscáramos otra forma para nombrar a estas mujeres podríamos encontrar: la pareja de Fran y la pareja de Rafael, nombrándolas de nuevo a partir de los hombres de su vida y de las violencias que sufren (tanto tras la pérdida de sus hijos, como por parte de estos hombres). También podríamos llamarlas la madre que perdió al hijo y la madre que se lo robó; la madre de Nagore y la que sufrió el aborto; marcándolas en cada posibilidad por una violencia distinta conectada al feminicidio o a la falta de educación sexual, al secuestro o a las imposiciones sociales.

A pesar de su imposibilidad de ser madres, las dos mujeres son en la historia, antes que nada, madres: la madre de Daniel y la madre de Leonel. Ése es el ciclo de dolor del que no pueden escapar: durante toda la historia son madres que no son madres y que no encuentran otra posibilidad de ser más allá de la maternidad. No se nombran, no son y, aun así, ambivalentemente, son y resisten. 

XXI Concurso de Crítica Teatral Crítico / Teatro UNAM



PASODEGATO



Dos cartas

ADA ELIZABETH CARRASCO MAHR

CATEGORÍA A: FANÁTICOS DEL TEATRO

Querido Wahab:

Es cierto, como tú, “ya no sé llorar”. Salí corriendo de casa para llegar puntual a nuestra cita: ocho de la noche en el Teatro Santa Catarina. Para hacerlo tuve que dejar sola a la mujer de los miembros de madera sentada en su *reposit* viendo pasar las horas sin ninguna esperanza. Me duele esa herida. Tampoco sé cuándo comenzó esa historia y como estoy metida todavía en ella hasta los tuétanos, no sé cuándo culminará. Quizá sólo hasta que encuentre la palabra mágica que hallaste para darle coherencia a todo y pueda referirme a ella como un “antes”.

Mientras tanto, al igual que tú, después de cada silencio observo el vuelo de los pájaros en el cielo frío del invierno o en el soleado del verano y sonrío. Sigo adelante.

Sobre lo que vi hoy en el escenario puedo rescatar tus dotes de acróbata consumado, pero no es eso lo que más me ha conmovido, sino tu alma sensible de artista que sabe pintar tan bien el desolador camino de desarraigo por el que transitó tantas veces nuestro entrañable Wajdi en sus exilios. Mucho te ayudan esos lienzos iluminados en el fondo oscuro donde retratas un viaje en tranvía o una despiadada tormenta de nieve y que crean el ambiente opresivo que terminó por congelarme el corazón. Debo confesarte que esos adornos navideños en los pasillos del gélido hospital casi me hicieron llorar. Nada más patético que su algarabía entre tanta desolación para hacerte un hueco en el pecho.

El tema musical que seguramente eligió la directora, Rebeca Trejo, con el encargado del sonido fue un gran acierto: *No surprises* de Radiohead. Está bien eso de “sin alarmas y sin sorpresas espero el silencio”.

Gracias por compartir tu historia y dejarme encontrarme en ella aunque duela. Pero ¿qué no es acaso esa la función del teatro: encontrarse en los otros para transformarte? Yo salí de allí renovada. Pude entenderme un poco y en cierta medida perdonarme.

*

Admirado Wajdi:

Escuché en una conferencia que diste en la Ciudad de México, hace años, que solías escribirle cartas a tus personajes y las enviabas a tu propia dirección. Así, en tres días, el correo te las traía de vuelta y tú mismo las respondías. Daría lo que fuera por saber qué le escribiste a Wahab para librarte y liberarlo del dolor.

Como tú, yo también acabo de escribirle en un intento por tomar distancia de esta herida que me hizo un obús en el corazón.

Adla Hadad

Un obús en el corazón • Autor: Wajdi Mouawad • Dirección: Rebeca Trejo
Teatro Santa Catarina • Temporada: 9 de octubre al 20 de noviembre de 2022



Daniel González

Un obús en el corazón: del miedo al lenguaje redentor

GUADALUPE GÓMEZ ROSAS

CATEGORÍA B: ESPECIALISTAS

EL SOCIOLOGO RICHARD GELLES aseveró que la familia es la institución social más violenta, exceptuando al ejército en guerra. El actor y director de teatro canadiense de origen libanés Wajdi Mouawad habló de ambas instituciones en *Un obús en el corazón*, obra que interpela al miedo y la muerte como conectores.

En 2022, el Teatro Santa Catarina recibió *Un obús en el corazón* bajo la dirección de Rebeca Trejo, con la traducción de Raquel Urióstegui y el trabajo actoral de Bernardo Gamboa. El título alude al arma de la Gran Guerra, pero para Mouawad se trata de su infancia fragmentada en el Líbano, cuando a sus siete años observó el asesinato de pasajeros en un autobús.

Mouawad lleva en la escritura la identidad del sobreviviente, uno que crea ficciones y resiliencias fantásticas para seguir existiendo. Posiblemente, Mouawad y Sergio Blanco no se conozcan, pero la autoficción, como vértice en común de sus obras, les permite exhumar miedos y revelar lo siniestro y a veces lo prohibido, haciendo que lo imposible de decir finalmente encuentre una voz.

La traducción a cargo de Urióstegui concede matices y exabruptos que van desde la tierna memoria hasta el odio sincero. No hace concesiones políticamente

correctas, por el contrario, otorga frases lacerantes que llegan a incomodar a más de un espectador.

En la fracción interpretativa no hay duda de la capacidad técnica de Gamboa como monologuista, quien ha demostrado —en *Tártaro* (2022) y mediante su proyecto *Bola de Carne*— el gusto por los riesgos y la búsqueda de nuevas teatralidades, haciendo del *exaggeratio* su sello. Por tanto, logra encarnar el recuerdo de un niño horrorizado de la misma manera que configura a un hombre introspectivo. La presencia actoral se recombina con el diseño de movimiento de Arantza Muñoz, quien traza una coreografía cargada de gestos y marchas veloces que aprehenden el espacio.

El lance más complejo y arriesgado de la obra está en el artefacto escenográfico, que da lugar a vastas lecturas. El arquitecto Jesús Hernández construyó un mecanismo abstracto que se transforma con la progresión dramática. El espacio —o fragmentos de él— emulan encumbradas pendientes, una sala de espera, un cuarto de hospital, una parada de autobús y una calle donde emerge la muerte. De igual manera, se vale de mamparas suspendidas anárquicamente, donde se proyectan diversos elementos y aparecen diáfanos reminiscencias de una madre (Paula Watson). De cierta manera, la propuesta espacial es la búsqueda de un lenguaje que se mimetiza con lo dramático para crear un concepto que por momentos se abalanza sobre la acción y en otros se aboca al enunciamiento.

En la misma tesitura se encuentra Carlos Matus con un cauto y contundente diseño sonoro, así como un vestuario casual y *minimal* a cargo de Lissete Barrios. La sencillez es adrede y hace que un simple abrigo sea el pretexto para construir un nuevo fin.

En *Un obús en el corazón* el detonador es una llamada y la próxima muerte materna, pero en realidad se confrontan recuerdos tejidos en los pliegues de la infancia. En la prosa poética de Mouawad se revelan las urgencias, por tanto, la proeza de Trejo como directora es reclamar la atención del público acostumbrado a universos físicos denotativos y, en su lugar, entregar un personaje que desafía sus miedos con la potencia de la voz y la kinésica.

En este caso, aludiendo a Brecht, la práctica teatral sobrepasa el ejercicio diestro y lleva sus intenciones a la voluntad sensible, exponiendo una verdad combativa que permanece hasta hender la mente. 📍

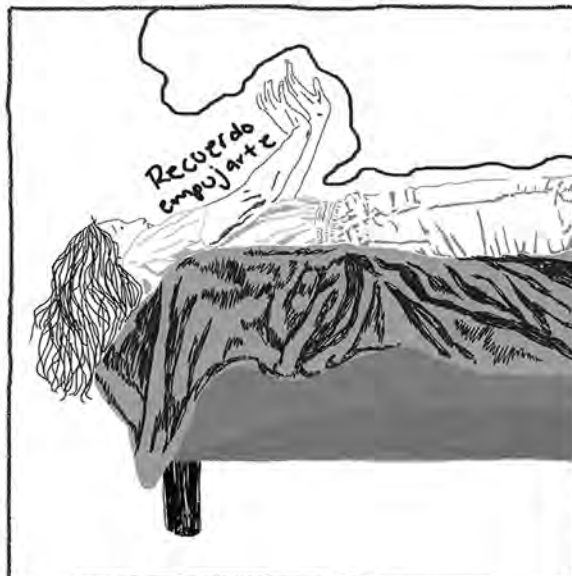
TINTA SUELTA

Recuerdos que nunca se marcharán

por Diana Escobar

Recuerdo haber entrado





Recuerdo todo lo que pasó ese día y nunca lo olvidaré.

No importa si piensas que no te equivocaste, no quiero que lastimes a nadie más.

• COLABORADORAS •



© Rubén Bramilillo

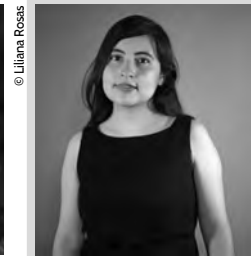
Yaroslabi Bañuelos
(La Paz, 1991). Es autora de *Inventario de las cosas perdidas* (Premio Iberoamericano Bellas Artes de Poesía Carlos Pellicer para Obra Publicada 2021) y *Otro agosto habita el aire* (2019). Ha sido becaria del FONCA y del PECDA Baja California Sur (2022).



Casandra Gómez
(Xalapa, 1996). Premio Nacional al Estudiante Universitario (2020) en Ensayo y Relato, y Segundo premio del Concurso 53 de Punto de Partida en Ensayo. Obtuvo el PECDA (2020-2021) y actualmente es beneficiaria del FONCA.



Silvia Santaolalla
(Jiutepec, 1993). Escritora y artista audiovisual. Ha publicado en *Marabunta*, *Gata que ladra*, *Punto de partida*, *Página Salmón* y *Especulativas*.



© Liliana Rosas

Luz Rangel
(Los Reyes, La Paz, 1995). Periodista. Estudió Ciencias de la Comunicación en la UNAM y actualmente trabaja en Animal Político.
🐦 @LuzGrimaldy



Abigail Zentella Hernández
(Huinanguillo, 1997). Egresada de la Licenciatura en Médico Cirujano por la UJAT. Ha publicado en *¿Cómo ves?*, *Sociedad de Científicos Anónimos* y *Blog Librópolis*.



© Ileana Rivera

Claudia Santos
(Colima, 1998). Es escritora, traductora y promotora cultural. Estudia el diplomado Actualización de Literatura Hispanoamericana de la DFL, UNAM. Promueve literatura en Libros en el transporte y La secta de los libros.



© Ofirama Rangel

Azul Ramos
(Acapulco, 1993). Poeta y fotógrafa. Premio Estatal de Poesía Joven en Guerrero y Premio Estatal de Poesía María Luisa Ocampo. Ha sido dos veces becaria del FONCA en Poesía. Es autora de *Cuerpo* (2023).



Ximena Cervantes
(Ciudad de México, 2000). Estudió Escritura Creativa y Literatura en la Universidad del Claustro de Sor Juana. En 2019 ganó el segundo lugar del Concurso Nacional de Cuentos Campiranos de la Universidad Autónoma de Chapingo.



Angélica Mancilla García
(Ciudad de México, 1987). Feminista, escritora y comunicóloga. Cocreadora de *Ingrávida* e integrante del Comité Matriarcadia. Fue una de las ganadoras del Premio Iberoamericano de Cuento Elena Poniatowska y Ventosa-Arrufat (2022).
f Ingrávida_fanzina



Iliana Olalde
(Lázaro Cárdenas, 1989). Artista y feminista. Estudió Ciencias de la Comunicación y el Diplomado Internacional en Arte y Género en la UNAM. Se graduó en Danza Contemporánea por el INBA. Su obra se ha presentado en México, EUA, Cuba, Reino Unido, Brasil y Perú.



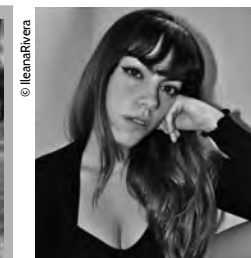
Sara Padilla
(Aguascalientes, 1999). Licenciada en Historia por la UAA. Estudió el Diplomado de Escritura Creativa y Crítica Literaria de la UNAM. Fue beneficiaria del PECDA Aguascalientes (2022). Es asistente de investigación en Histórica.



Uriel de Jesús Santiago Velasco
(Oaxaca, 2002). Estudia en la UNAM y en la ENAH. Columnista cultural, ha publicado varios libros sobre historia de Oaxaca. Es miembro corresponsal del Seminario de Cultura Mexicana y Premio Nacional de Periodismo 2022.
@Urieldejesus02



María Villa
(Naucalpan, 1991). Licenciada en Ciencias de la Comunicación. Cursa la maestría en Literaturas Española y Latinoamericana en la Universidad de Buenos Aires. Forma parte del diplomado en Escritura Creativa y Crítica Literaria de la UNAM.



© Ileana Rivera

Sandra Dolores Gómez Amador
(Ciudad de México, 1998). Licenciada en Letras Modernas Inglesas por la UNAM. Estudia la Maestría en Escritura Creativa en la Universidad de Tennessee. Co-fundadora de RUME e investigadora joven en la REMJI. Fantasma profesional.
@ sandradoloresam



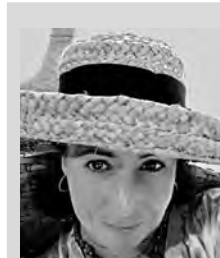
Alicia Espinosa
(Tlalnepantla de Baz, 1990). Estudió Literatura Dramática y Teatro y Letras Modernas Italianas en la UNAM. Fue becaria de Dramaturgia en la F.M.L. (2020 - 2021). Actualmente se desempeña como docente de italiano y español.



Luisa Valenzuela
(Chihuahua, 1994). Redactora y cronista. Norteña en la Ciudad de México que trabaja en televisión. Maestrante en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana. Se enfoca en teoría de género, literatura escrita por mujeres y literatura mexicana.



Guadalupe Gómez Rosas
(Tulancingo, 1987). Periodista y estratega de políticas públicas. Estudió Comunicación y Sociología y tiene un máster en Letras Aplicadas. Fue parte del equipo de críticos de las ediciones 40 y 41 de la Muestra Nacional de Teatro INBAL.

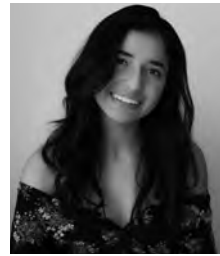


Ada Elizabeth Carrasco Mahr
(Ciudad de México, 1959). Estudió Comunicación en la Universidad Iberoamericana, donde impartió las cátedras de Redacción y Estilística y Comunicación Escrita. Actualmente se desarrolla en el canto y la pintura.

• COLABORADORAS •



Victoria Tejeida (Ciudad de México, 1998). Estudió Comunicación y Artes Visuales en el ITESO, Guadalajara. Ha participado en exposiciones colectivas en Espacio Cabeza, Catástofe, In(fin)icio y en la galería universitaria de la misma universidad.



Lizbeth Bolaños (Ciudad de México, 2000). Historiadora del arte y fotógrafa. Estudió Historia en la FFYL, UNAM. Actualmente se especializa en fotografía en Centro ADM.



Perla Mónica Castro Cruz (Chimalhuacán, 1999). Estudia Antropología en la FCPys, UNAM, colabora en la revista *Voces de Quimeras* y es becaria en la Unidad de Investigaciones Periodísticas de la UNAM.
 @p.monicacruz



• COLABORADORAS •



Marilia Castillejos (Ciudad de México, 1990). Diseñadora editorial y artista. Estudió Diseño y Comunicación visual en la FAD, UNAM. Ha participado en exposiciones colectivas, publicado en revistas culturales y su trabajo fue seleccionado en la Bienal Internacional del Cartel en México.
 @mar.mariliaa



Aaron Farid Negrete (Ciudad de México, 1996). Estudió Letras Modernas Alemanas en la FFYL, UNAM. Ha colaborado en *Blog Librópolis* y en *Blog de lxs Jóvenes*.
 @recortandoypegando



• COLABORADORAS •



Diana Escobar (Ciudad de México, 1997).
Artista visual. Es licenciada en Artes Visuales por la ENPEG "La esmeralda". Su producción artística está enfocada en el desarrollo de proyectos de ilustración, animación 2D, narrativa y dibujo.



TINTA SUELTA



A CONTRALUZ



Anilú Zavala
(Ciudad de México, 1997).
Diseñadora editorial por la FAD, UNAM. Estudió el diplomado en Museografía en la Academia de San Carlos. Actualmente se dedica al diseño y gestión de proyectos editoriales independientes.
@aniluzavala



